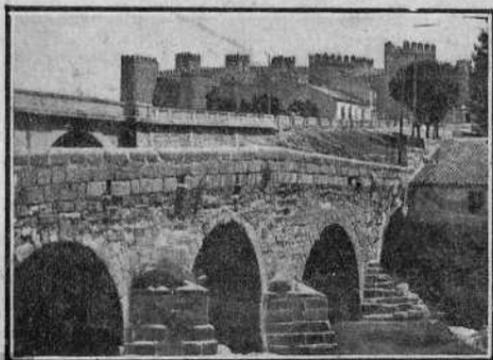


LEÓN ROCH

POR TIERRAS DE ÁVILA

(IMPRESIONES DE VIAJE)



LIBRERÍA DE V. SUÁREZ
CALE DE PRECIADOS, 48
MADRID

G-9230

POR TIERRAS DE ÁVILA



DFCL
A

POR TIERRAS DE AVILA

tit. 49635
C. 1062091



LIBROS DEL AUTOR

PÓLVORA EN SALVAS. (Cuentos.)

ELLAS Y ELLOS. (Semblanzas en verso.)

LA TRISTEZA DE VIVIR. (Crónicas y cuentos.)

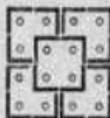
GRAJEA. (Cantares y coplas.)

LOS TRISTES DESTINOS. (Novela.)

AIRE DE MI TIERRA. (Coplas.)

EL MONASTERIO DE PIEDRA. (Apuntes de una excursión.)

POR TIERRAS DE ÁVILA. (Impresiones de viaje.)



LEÓN ROCH

POR TIERRAS DE ÁVILA

(IMPRESIONES DE VIAJE)

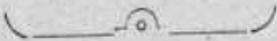


Librería de V. Suárez

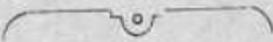
Calle de Preciados, 48

Madrid

R. 39955



ES PROPIEDAD





I

El pequeño turismo.

Modesta influencia de la crónica de viajes.—El grande y el pequeño turismo.—Danza de millones.—Los pequeños viajes domingueros.—La rosa central del turismo económico.—Necesidad de fomentar el turismo de cultura.—Predicar y dar trigo.



LA noble virtud que se atribuye á los trabajos de vulgarización histórica y científica, cultivados en nuestro tiempo con verdadero interés, por cuanto se consideran como factores de gran eficacia y provecho para el fomento de la cultura popular, debe también ser reconocida en los artículos de viaje. Modestamente, humildemente, sin pretensiones que no sentarían bien en ellos, estos trabajos realizan una labor útil y beneficiosa, despertando en los espíritus de la gente apática la curiosidad de

conocer lo ignorado y de admirar viejas y venerables joyas de arte y arqueología.

Contribuyen también estos trabajos al fomento de la instrucción y á vigorizar los sentimientos patrióticos, extendiendo el conocimiento de las costumbres de nuestro pueblo y despertando el deseo de estudiar glorias pasadas y venerandas tradiciones. Esas viejas ciudades que nos encantan con su carácter y nos maravillan con sus monumentos y joyas de arte, son como archivos vivientes, abiertos á todas las miradas y á todas las inteligencias, que ofrecen un rico caudal de conocimientos para el estudio de pasadas civilizaciones y un no despreciable tributo para la gran obra del progreso social.

Son también estas ciudades-museos importante venero de pública riqueza, cuya explotación puede rendir sanos y abundantes beneficios. Los extranjeros son maestros en las artes de esta explotación, y han creado con su habilidad y con su ingenio una industria floreciente y en alto grado fructífera: la industria del turismo. Nosotros, rancios hidalgos, tan apegados á las tradiciones del terruño, nos «europeizamos» lentamente y apenas comenzamos á sospechar que esas espléndidas riquezas repartidas por

toda España pueden proporcionar al país en miseria provechos eficaces.

La creciente importancia que el gran turismo adquiere en todos los países de Europa nos ha puesto, sin embargo, en la pista, haciéndonos pensar en la necesidad ineludible de que España se preocupe del inmenso beneficio que esa industria puede reportarle. Y de pronto, como si hubiéramos sido objeto de milagrosas iluminaciones, todos nos hemos dado á hablar y á escribir de turismo, predicando la buena nueva. Claro es que poco ó nada práctico se ha hecho todavía, pero se habla sin descanso y se proyecta sin reposo, y estamos amenazados de sufrir un peligroso empacho.

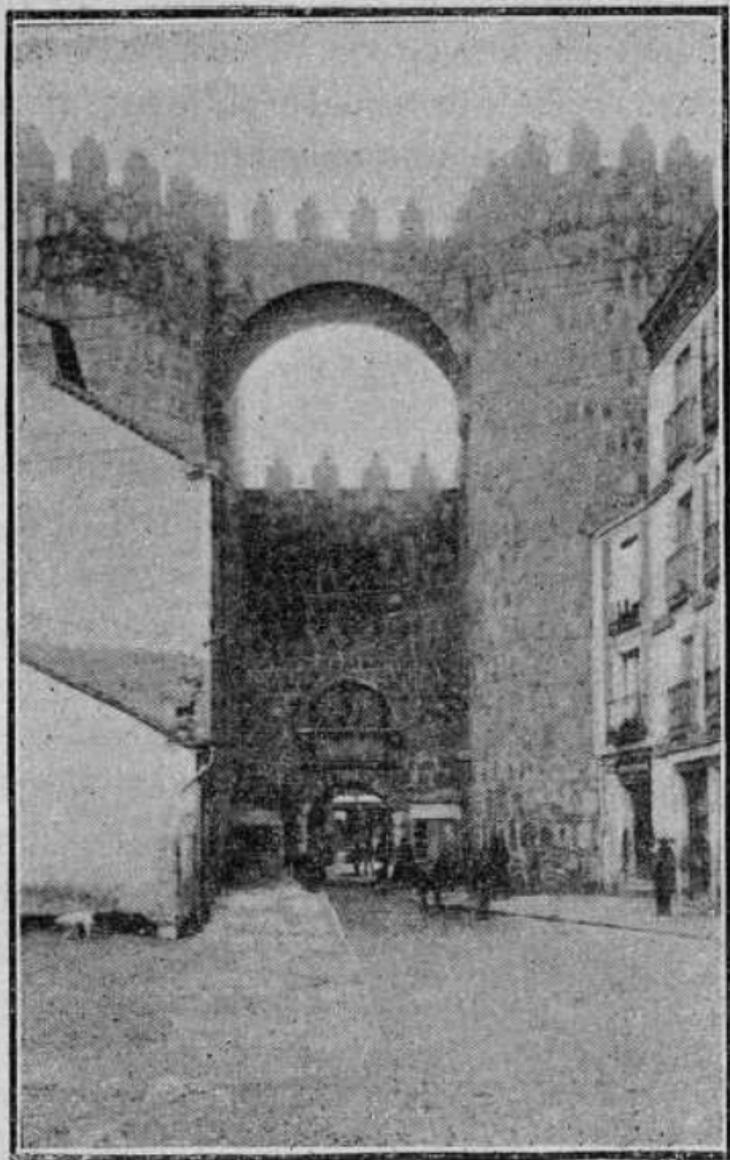
El gran turismo es nuestra obsesión. Nos hablan de que esta industria reporta á Francia un beneficio anual de dos mil quinientos millones de francos; Italia no obtiene menos de quinientos millones; Suiza y Noruega se aproximan á doscientos millones... Y España—se dice—no debe ganar menos que Noruega, y tiene derecho á recibir la visita de trescientos mil turistas, como promedio anual, los cuales nos dejarán ese pico de doscientos milloncejos. Y esta zarabanda de millares de turistas y millones de pesetas se

nos ha subido á la cabeza y nos aturde y congestiona.

Á Dios gracias, tenemos ya un comisario regio de turismo, que es persona que lo entiende: el simpático marqués de Vega Inclán. Y si el señor comisario tiene serenidad y energía, si le ayudan eficazmente y con constancia los llamados á prestarle su apoyo, si no se apagan los entusiasmos y no queda convertido todo ello en función de fuegos artificiales, es posible que lleguemos á hacer algo de provecho.

Sin que se deje de prestar atención singularísima á estas empresas del gran turismo, que son muy patrióticas y pueden ser muy provechosas; sin dejar de soñar en aquella fantástica danza de millones, es opinión mía, muy modesta, pero muy hondamente arraigada, que el trabajo más inmediato que debemos realizar es el de favorecer el pequeño turismo. No es, sin duda, esta empresa de tan colosal importancia, ni son sus rendimientos tan fabulosos, pero tiene una utilidad práctica inmediata, así en el orden moral como en el económico. Este pequeño turismo, con toda su humildad, con toda su insignificancia, si se quiere, fomenta la cultura entre las clases modestas y aporta un seguro

MONUMENTO MILITAR



La célebre Puerta del Alcázar de Ávila.

beneficio á las ciudades favorecidas por él. Desarrollar este pequeño turismo, fomentar los viajes, facilitando y abaratando las comunicaciones, y ofrecer alicientes á los modestos viajeros, es también obra patriótica. El pequeño turismo puede contribuir también á hacer país...

* * *

De algunos años á esta fecha se ha desarrollado en buena parte de las clases modestas el interés de las excursiones, si bien limitándose éstas á lugares cercanos, por las naturales imposiciones de la estrechez de la bolsa y por las escasas horas de vagar que el asueto dominguero ofrece. Los viajes á los pueblos de la sierra, especialmente, se han generalizado de manera extraordinaria. El pequeño turismo madrileño está reducido en la actualidad á las excursiones de la sierra; Guadarrama, Villalba, Cercedilla, El Escorial, San Rafael... son sus centros de atracción.

Apenas comienza la primavera, con sus días regocijados de sol y de flores, se inician

estas pintorescas y alegres excursiones. El buen tiempo es la felicidad de los que no pueden costearse otras venturas, y los que ante él no sientan entusiasmos es porque tienen el espíritu demasiado pobre. No hay melancolía que resista al encanto de una hermosa tarde primaveral. Para la gente humilde, la primavera, con su cielo alegre y su sol espléndido, es salud en la excursión campestre; es olvido de las fatigas de la semana de trabajo; es vida nueva, reparadora de los quebrantos de la lucha.

Pueblo trabajador es pueblo esencialmente dominguero, como lo es el de Madrid. Estos domingos luminosos y agradables de la primavera y del verano, propios para las excursiones, constituyen su felicidad de la semana. La gente obrera y la modesta clase media, abrumadas por el trabajo y la escasez, buscan en esas excursiones domingueras salud para el cuerpo y para el espíritu. El descanso, el olvido momentáneo de la preocupación cotidiana, los grandes paseos, los juegos, el aire oxigenado que sana los pulmones, la merienda extraordinaria, el regocijo bullicioso de un día de sol, todo ese conjunto de impresiones y goces, es renovación de energía, florecimiento de vida. Qui-

tar á este buen pueblo obrero su día de sol y su excursión del domingo es quitarle la mitad de la vida.

Durante la primavera y el verano, legiones de empleados, de humildes obreros, de modestos industriales y comerciantes salen cada domingo de Madrid, con su merienda y su bota, para pasar el día en los pintorescos pueblos serranos. Las estadísticas de la estación del Norte han llegado á registrar en un solo domingo la salida de más de treinta mil viajeros. El hecho debe consignarse con satisfacción, por lo que tiene de significativo.

Tal resultado es debido en su mayor parte á las grandes facilidades que la Compañía de ferrocarriles del Norte ha dado para las excursiones. Los kilométricos, los billetes de ida y vuelta á precios económicos y los especiales de los domingos han operado una verdadera revolución. Pero es justo reconocer que aquel admirable resultado se debe también á las eficaces y constantes propagandas que hicieron escritores tan distinguidos como el ilustre y malogrado Fernández Shaw, Enrique de Mesa, Bernaldo de Quirós, Alberto Segovia y otros más.

El pequeño turismo ha de ser siempre do-

minguero, y no hay para qué modificarlo. Pero sí debe trabajarse con entusiasmo para cambiar su carácter, no limitándolo al exclusivismo higiénico de la excursión campestre ó del pequeño viaje á los pueblos de la serranía. Dentro de ese pequeño turismo del domingo cabe también el fomento de la cultura y del amor al arte, y en este sentido debe laborarse. Uno de los espectáculos más gratos que yo he gozado en mi vida ha sido el de ver á centenares de estos modestos excursionistas recorriendo, llenos de asombro, la iglesia, los claustros y el palacio del Real Monasterio de El Escorial, admirando los estupendos frescos de Jordán y haciendo su elogio con ingenuas y pintorescas frases, y recreándose en las maravillas de cuadros, bordados, marfiles y herrajes acumulados en el imponderable museo de las Salas Capitulares.

En las proximidades de la corte se brindan á la admiración de las gentes antiguas é históricas ciudades, llenas de joyas artísticas,

verdaderos lugares de estudio, que son á la par noble y grato recreo para los ojos y fuente de sabias enseñanzas para la inteligencia. Todos estos lugares de encanto son á propósito para el pequeño turismo. Viajes rápidos y fáciles, para los cuales basta con el espacio del domingo; coste económico, al alcance de todas las fortunas... ¿Por qué no fomentarlos y favorecerlos por todos los medios, si con ello se realiza una obra de cultura, tan bella y tan útil?

Los devotos y propagandistas del gran turismo proyectan la organización de lo que han dado en llamar «circuitos de turismo». Se habla del circuito andaluz, del circuito castellano, del catalán, y no sé si del aragonés, del vasco-navarro y del gallego. Para el pequeño turismo, que nosotros defendemos, puede darse por organizada la rosa central, ó la estrella, como ustedes gusten, del turista económico. En los rayos de esa estrella, largos ó cortos, pero siempre proporcionados para la excursión dominguera, encontrará el pequeño turista, además de los pintorescos y bien conocidos pueblos de la serranía, el Real Sitio de El Pardo, con sus poblados montes y su lindo palacio, donde nos maravillan los soberanos tapices de Goya; Alcalá,

llena de históricos recuerdos y con edificios tan característicos como la Universidad y la Colegiata; Aranjuez, con sus espléndidos jardines y su Regia y magnífica residencia; El Escorial, con su insigne Monasterio, museo de incalculables riquezas artísticas; Guadalajara, que ofrece curiosidades tan interesantes como la Academia de Ingenieros y el bello y característico palacio del Infantado; Segovia, verdadero museo de históricos monumentos; La Granja, con su bello palacio, sus espléndidas montañas y sus jardines rivales de los de Versalles; y finalmente, la imperial y estupenda Toledo, la de la Catedral soberana, la de San Juan de los Reyes y Santa María la Blanca, la de la casa del Greco, la ínclita Toledo, arca santa del arte y de la historia...

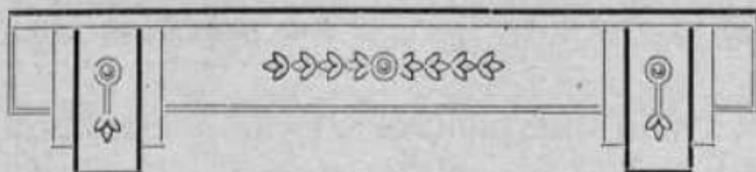
Cuantos se interesan por la cultura y por la salud del pueblo; cuantos se fingen devotos del arte, de la historia y del progreso, ó sienten en realidad la devoción, debieran trabajar con entusiasmo en el cultivo de esta espléndida rosa del pequeño turismo. Las sociedades obreras, en primer término; los centros de educación y de cultura, las instituciones de enseñanza, las academias, las humildes escuelas, y con ellas la Prensa, má-

gico portavoz de toda propaganda, debieran ocuparse en la organización de estas excursiones del pequeño turismo, estudiando la manera de realizarlas para que fuesen más fructíferas, más provechosas á las inteligencias y á las almas de los adeptos... Pero todo ello hablando lo menos posible. Lo que hace falta es trabajar, sobre la marcha, con la intención sana y decidida de hacer algo práctico... Todo lo demás, como dicen en mi rincón andaluz, será conversación de Puerta de Tierra...

Viajero modestísimo, que tiene en su vivir escasos días de asueto y en su bolsa más escasos pesos duros, yo soy un apasionado del pequeño turismo, que no se limita á ensalzarlo con la pluma, sino que predica con el ejemplo. Pequeño turista, devoto de lo viejo si es bello, y amante de las cosas de mi tierra, recorro, cuando puedo, los lugares que me encantan. Pequeño escritor, periodista parlanchín, cuento luego mis impresiones y recuerdo lo que he visto, sin más preten-

siones que la de dar gusto á mi propio capricho.

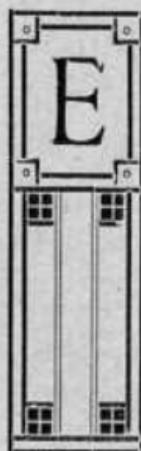
Con esto, sin embargo, creo prestar un servicio, modestísimo, por ser yo quien soy, pero honrado y útil. Sirvo acaso á los lugares favorecidos por el reclamo de la crónica. Sirvo quizás, con servicio de humilde cuantía, á la Patria, contribuyendo á glorificarla. Pero sirvo, principalmente, á mi conciencia, que es mi dueña y señora...



II

Excursión interesante.

La patria de Santa Teresa. — Viaje pintoresco y económico. — Modo práctico de efectuar la excursión. — La sierra y la llanura. — Viajando por la noche. — Un hotel favorecido. — La perla de las sirvientas. — Doncella y con hijos.



EN esa estrella central del pequeño turismo que el cronista preconiza debe destacarse con merecida preeminencia, como una de las excursiones más interesantes y provechosas, la de Ávila. Entre las ciudades-museos de que hablamos es una de las más notables, de las más dignas de admiración, la patria de Santa Teresa y Alonso de Madrigal; venerable solar castellano, tierra de caballeros y leales, donde toda virtud y toda hidalguía encontraron vigoroso arraigo y florecieron en generosidades y heroísmos.

Es un viaje pintoresco y encantador. Es, á la vez, fácil, cómodo y económico. Los turistas domingueros, á quienes la tiranía del trabajo no permite consagrar á estas excursiones más espacio que el del día de fiesta, pueden realizarlo sin faltar un momento á sus deberes, saliendo por la mañana de Madrid, en el mixto de las 7, y regresando por la noche. En lo que respecta al orden económico, está al alcance de todas las fortunas; sus gastos pueden limitarse al billete del ferrocarril, si el turista tiene la previsión de llevar su merienda.

La Compañía del Norte debiera introducir algunas mejoras en el servicio de trenes para facilitar este interesantísimo viaje. Por la mañana podría establecerse otro tren, que saliera de Madrid á las 5,30. Para el viaje de regreso, que es el más molesto con el servicio actual, debiera establecerse un tren que saliera de Ávila á las 8 de la noche. Con tales reformas es seguro que aumentaría considerablemente el contingente de viajeros. Algo podría hacerse también en lo que afecta al precio de los billetes, aunque los kilométricos, los billetes de ida y vuelta y los especiales de los domingos han abaratado mucho el viaje, dicho sea en

honor de la verdad y de la Compañía ferroviaria.

El viaje más pintoresco es, naturalmente, el que se hace de día. El pequeño turista gusta siempre de salir temprano y con sol, para admirar las bellezas del paisaje, constantemente asomado á las ventanillas del tren. Todo el camino, apenas traspasados los alrededores de Madrid, en los que no se encuentra más nota agradable que la espléndida de los montes de El Pardo, es bellissimo, de paisaje muy interesante y vario.

Las primeras estribaciones de la sierra, en Torreldones y Galapagar, ofrecen ya panoramas abruptos y nuevos... Después de hecho el cambio de vía en Villalba, la imponente cordillera del Guadarrama se aproxima á nosotros con toda su soberana majestad. Es la sierra bien amada de los poetas, tantas veces cantada en bellísimas estrofas por el malogrado vate Fernández Shaw:

Verdes lucen las laderas,
verdes relucen los prados,
de amarillas
floreillas salpicados...

La primavera la embellece con sus galas y aumenta sus mágicos encantos. En las al-

tas cumbres la luz resfulge con extraños resplandores de incendio, envolviendo las montañas en cendal de transparentes claridades y cantando en estrofas resplandecientes el poema de la fecundidad y de la vida. El espléndido sol de Castilla, como cantaba el querido poeta:

Roza de la montaña los verdes flancos,
se escurre por las quiebras de los barrancos,
se enreda entre las ramas de los pinares
y juega con el humo de los hogares.

Deja el tren atrás la hermosa vista de El Escorial, en cuya altura se descubre la inmensa mole del Monasterio, y las altas montañas, ahora más austeras, despojadas de sus riquezas por criminales talas, siguen levantándose como barreras infranqueables. Desfilan ante nosotros los campos pintorescos de Zarzalejo, Robledo y Santa María de la Alameda, y entramos ya en la tierra de Ávila, llena también de augusta poesía.

Los montes de Las Navas nos regalan la vista con el espléndido panorama de su soberbia vegetación.

Apretados, rumorosos,
con el rumor de los mares,



Una vista de la Sierra en invierno.

trepan hasta el horizonte,
subiendo de monte en monte,
los verdinegros pinares.

Luego, las estribaciones de la sierra van siendo más suaves, más tranquilas, hasta desvanecerse en las mansas ondulaciones de las ricas tierras labrantías. La llanura castellana, soleada y alegre, cubierta por las mieses ya doradas, se nos muestra en toda su hermosura. Es un paisaje uniforme, tranquilo y grave, cerrado en la lejanía por los montes de la sierra de Ávila, que esfumados por la distancia, parecen una cordillera de nubes grises. Tiene el panorama todo el carácter de los campos castellanos:

Los de las pardas onduladas cuestras,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas.

Como cantaba otro noble y malogrado vate, el inspiradísimo Gabriel y Galán.

Todo es paz y dulzura en el ambiente y en la tierra. Nada turba el sosiego del paisaje. La brisa agita suavemente las mieses y

apenas produce en ellas un soñoliento susurro. La voz del poeta vuelve á recordarnos sus versos, también tranquilos, también austeros:

¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!...

El alma se siente invadida por el efluvio de paz que emana del paisaje, que parece muerto ó dormido. Una suave melancolía se apodera de nosotros y el espíritu queda como en éxtasis ante la majestad de la llanura. Y dan ganas de exclamar con el poeta, hondamente penetrados de su verdad:

¡Qué deseos el alma
alienta de ser buena!...

El viaje más cómodo y más conveniente, si se quiere aprovechar bien el tiempo, es el que se realiza por la noche. Terminada la tarea del sábado, el viajero puede salir de

Madrid en el sudexpreso de las 8 de la noche, que se detiene en Ávila á poco más de las once. Mayor ventaja ofrece aún al pequeño turista el expreso discrecional de las 8,55, que le deja una hora más para sus preparativos de viaje y que lleva coche de tercera. Después de éste sale el correo, á las 10,10, el cual llega á Ávila á cosa de las dos y media de la madrugada.

El excursionista que salga en cualquiera de estos trenes puede comer tranquilamente en Madrid, aunque es más grato llevar la comida preparada para cenar en el tren. Para los que viajamos poco el ferrocarril es un aperitivo formidable. Apenas salimos de la urbe y la brisa del campo nos orea, y nos penetramos de la grata novedad del cambio de vida, el apetito se despierta en los estómagos de manera voraz... En la estación de Ávila esperan los coches á la llegada de todos los trenes, para conducir á los viajeros á los hoteles. Duerme el turista, con toda comodidad, el resto de la noche, y á la mañana siguiente, desde muy temprano, ya está en condiciones de recorrer y admirar cuanto de bello y notable encierra Ávila.

Se recomienda también para estas excursiones el hacerlas en compañía. Un viajero

solo va siempre aburrido y triste; dos viajeros, más aburridos aún, por aquello que aseguraba Campoamor:

Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.

En cambio, tres ó cuatro viajeros, si no son ingleses, son siempre joviales y divertidos.

Nosotros realizamos el viaje en el expreso de las 8,55. Ibamos cuatro, que á escote pagamos la comida, devorándola, por supuesto, en el tren. «Botijistas» convencidos, aunque no figuramos en la orden del patriarca Mestre Martínez, somos siempre viajeros de bota y merienda, y en nuestras excursiones de pequeño turismo jamás falta la cesta, ni la máquina fotográfica, ni el botijo. En el tren cenamos, pues, y llegamos á Ávila minutos después de las once. Requerimos el coche del hotel, y á los pocos instantes, atravesando por frente al paseo de San Antonio, la plaza de Santa Ana y luego la calle de Santa Catalina, nos detuvimos en la plaza de la Catedral, frente al hermoso templo. El hotel esperaba á sus viajeros...

Pero yo no sé para qué los esperaba. Los turistas nos encontramos con la desagradable sorpresa de que no había ya habitaciones disponibles. En el primer piso quedaba un sólo cuarto con tres camas, y en el segundo un cuarto chiquitín, como un nido de gorriónes. Cuartos de dos camas, para matrimonios, ni uno. Y en esta noche daba la casualidad de que casi todos los viajeros iban por parejas. ¡Sí que es desgracia!

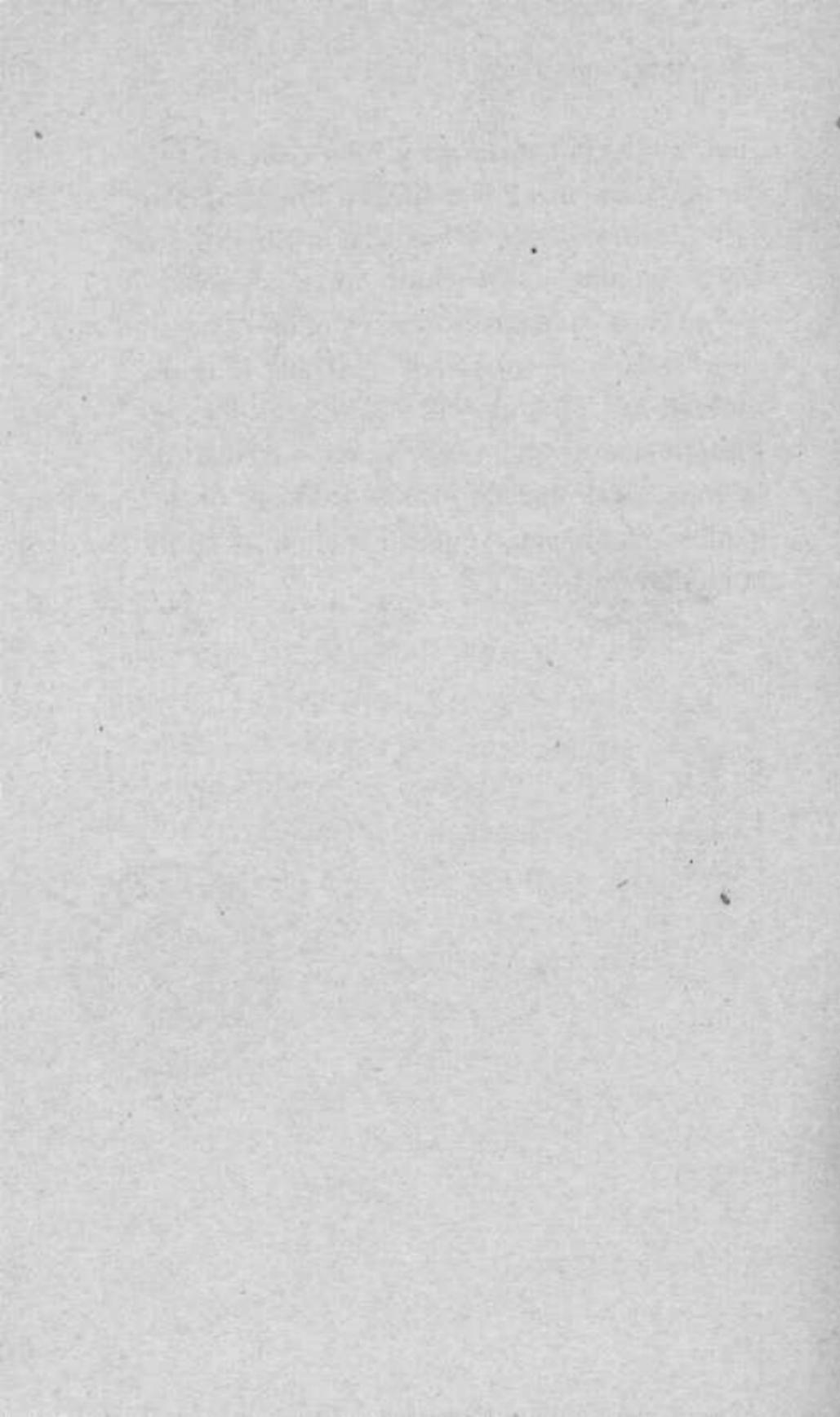
La mayoría de los expedicionarios escapó rápidamente para buscar acomodo en otros hoteles. Nosotros decidimos no continuar la peregrinación y tomamos el cuarto grande. Los criados buscaron un gran biombo arriconado en el desván, y con él dividieron honestamente el cuarto en dos. Falta una cama y se improvisó en un catre de tijera, que se hundía graciosamente al menor peso. Sorteamos los lechos; á mí me tocó el catre, y hundido en él dormí como en un estuche.

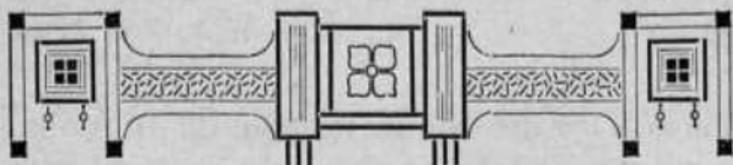
No nos arrepentimos, sin embargo, de quedarnos en el Inglés. Es un hotel limpio, decoroso y bien montado, donde se trata al viajero con toda consideración y hasta con mimo. Á nuestro servicio quedó una doncella, que por cierto está casada y aun creo que

tiene hijos, tan cariñosa y bien educada que á cada momento nos saludaba interesándose por nuestra salud, y hasta nos preguntaba por la familia. ¡Un encanto de muchacha!...

Antes de acostarnos nos asomamos al balcón. Delante de nosotros se alzaba la noble mole de la Catedral. Del fondo azul del cielo, tenuemente iluminado por la claridad de la luna, se destacaba el templo como un gigantesco fantasma, velando silencioso sobre la ciudad dormida...



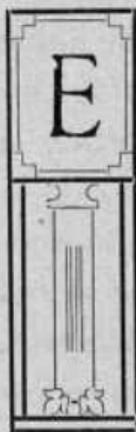




III

Una ciudad venerable.

En plena Edad Media.—El alma de Avila. —A saco en la Historia. —La hazaña de Ximena Blázquez. —La sombra de Carlos V.—Una comedia histórica.—Un mote honroso y merecido.



ENTRE las viejas ciudades del reino castellano, acaso ninguna conserva tan admirablemente su carácter como la de Avila. Al visitarla por primera vez, conociendo su legendaria historia, y al contemplar sus típicas murallas y sus templos antiquísimos, y al recorrer sus calles tortuosas, estrechas y empinadas, con un poco de imaginación y otro poco de buena voluntad, creeríais encontraros en plena Edad Media y soñaríais tropezar á cada paso las bravas huestes de los caballeros de Al-

fonso VI y del conde Ramón de Borgoña, saliendo á campaña contra los ejércitos de la media luna.

La noble ciudad castellana es, en lo que afecta al recinto murado, la misma plaza fuerte medioeval, siete vèces conquistada por los moros y siete veces rescatada por los cristianos, en enconadas y sangrientas luchas.

Contemplándola tan severa y adusta, honestamente recogida entre sus fuertes mura-llas, inmutable y eterna, como si sobre ella no hubiera pasado el tropel de los siglos, un escritor descalificado por los extravíos eróticos de su pluma llegó á decir de la noble Avila que era una ciudad muerta y una ciudad sin alma... ¡Dios conserve la vista y la sensibilidad al atrevido juzgador!...

Si en el atropellado vivir del tiempo nuevo, con sus estúpidas vanidades, con sus pompas de relumbrón, falsas las más veces, se entiende que la vida es la riqueza, el esplendor vanidoso, el tráfago que enloquece y arruina las almas y los cuerpos, pudo acaso decir el ligero cronista que es Avila una ciudad que muere... Ya no la miman y amparan los Reyes, como en los viejos tiempos, cuando hubieron menester del esfuerzo

de su brazo. Desatendieronla también los ministros del Monarca; olvidáronla los hijos que medraron, y la política fué para ella más dogal y cuchillo que manto de buen gobierno... Y pobre y humilde vive, en huraña vida de escaseces, que podrá ser muerte si al remedio no se acude.

Pero no podrá decirse nunca que es una ciudad sin alma. Esas viejas piedras de sus muros y esos templos y palacios almenados dan fe de un espíritu vigoroso, que es reflejo del alma generosa de Castilla. Humilde y pobre, doliente y sufrida, vive dignamente recogida entre sus murallas. La fe y la hidalguía son los blasones de su espíritu; ellos son la esencia del alma de este pueblo, á quien debemos respeto cuantos amamos la virtud, la nobleza y el heroísmo.

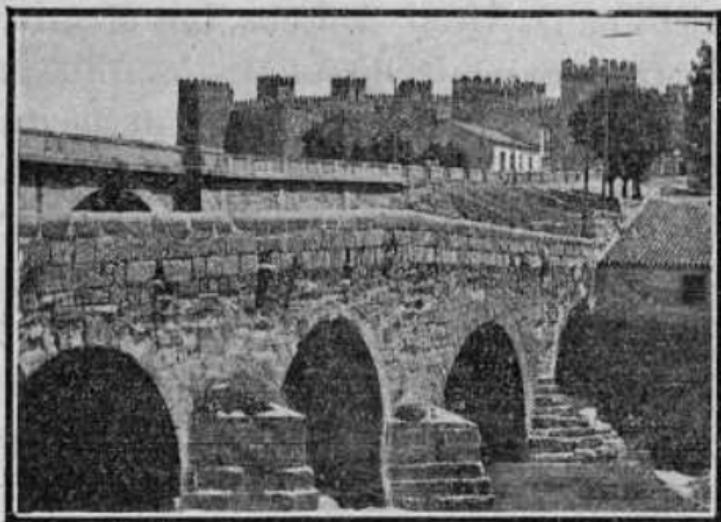
Respetuosos con la Historia, y más aún con los historiadores, que suelen ser gente hosca y cascarrabias, yo debo consignar que la Historia atribuye á Avila un origen fenicio y que luego la hace figurar en la época de la dominación romana como formando parte de la provincia Tarraconense primero y luego de la Lusitana y la Galaica. Su obispado tiene un origen antiquísimo, suponiéndose que fué el primero creado en

España, y que fué fundado el año 63 por San Segundo, uno de los siete obispos consagrados por San Pedro. Pero el verdadero carácter de Avila proviene de la Edad Media, después de conquistada y repoblada por Alfonso VI. La primitiva ciudad fué arrasada por los árabes, que destruyeron las murallas romanas. Reconstruída luego, fué tomada por los cristianos, con Alfonso I el Católico; pero otras seis veces fué conquistada por los sarracenos.

Desde el reinado de Alfonso VI, Avila vive ya tranquila, bien defendida con sus murallas de los ataques de los moros, y juega un papel importante en la turbulenta historia del reino castellano. Solamente en 1107 intentaron los moros rescatarla, poniéndola sitio; á este propósito cuéntase una bella tradición. Tan bella, que no resisto al deseo de contárosla.

Dicen las crónicas que los caballeros y gentes de armas de Avila encontrábanse fuera de la ciudad y del territorio, por ir acompañando al Rey en nuevas empresas guerreras. Avisados los moros, acudieron presurosos á poner cerco á la plaza. Una noble y heroica hembra de Castilla, Ximena Blázquez, esposa del gobernador, reunió á

las damas y mujeres del pueblo y ordenólas vestirse de guerreros y acudir con armas á las murallas y torreones. Y al llegar los moros, vieron, con sorpresa, la plaza coronada de bizarras gentes de armas, y temerosos de



El Puente Viejo.

un desastre, decidieron prudentemente volver de su acuerdo. Este ardid caballeresco y gentilísimo de Ximena salvó á la ciudad de la temible acometida.

Durante su larga y gloriosa vida, la venerable ciudad se distingue siempre por su lealtad á los Reyes. De ahí sus nombres de Avila de los Caballeros y Avila de los Leales.

Ella libertó á Alfonso VII del poder de su padre el Rey de Aragón; ella defendió bravamente los derechos de Alfonso VIII y Alfonso IX (á quien salvó la vida) en sus turbulentas minoridades, y libertó después al Rey Juan II, preso por los conjurados enemigos de D. Alvaro de Luna. Los Monarcas demostráronla por ello sus afectos. Allí tomó el título de Rey Sancho el Fuerte, y casó D. Juan II con D.^a María de Aragón el 4 de Agosto de 1420, y el Rey Enrique IV convocó Cortes en 1459. Protegióla también el Rey Fernando el Santo, y más adelante la ampararon la Reina Católica, el César Carlos V y los piadosos Felipes de la Casa de Austria.

De la visita del Emperador Carlos V á Ávila cuentan las crónicas una curiosa anécdota relacionada con la Catedral, verdadera fortaleza, para cuya defensa se dice que cada canónigo mantenía cuatro hombres de armas. Al llegar á la puerta del Alcázar, el Emperador oyó nutrido tiroteo que á manera de salvas le saludaba...

—¿Qué tiros son esos?—preguntó al alcaide, D. Luis Ponce de León.

—Señor, esa fortaleza es de V. M. Es la Catedral, que la defiende el cabildo.

Al ser recibido más tarde en el templo, un canónigo, en nombre de todos, dijo al Monarca:

—Señor, con estas armas que veis, la Catedral ha defendido á la ciudad y ha guardado dos Reyes. Por estos servicios, pide á V. M. que la confirme en todos los derechos y privilegios de su jurisdicción.

Y añaden que el Emperador contestó:

—Como pedís, se os concederá.

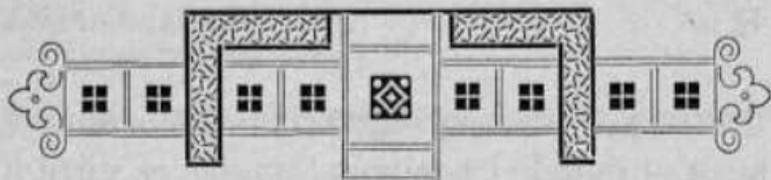
Hay en la historia de Ávila una página dolorosa que no se recuerda sin rubor: la de la ridícula mascarada del destronamiento del Rey Enrique IV y jura del infortunado Príncipe Alfonso, organizada por levantiscos y ambiciosos nobles. En abono del pueblo hay que decir que no tomó parte alguna en la sangrienta burla, y que la presencié dolorido y hosco, atemorizado por las numerosas huestes que los traidores reunieron.

El simpático D. Manuel de Foronda, cronista de Ávila, sostiene por esto que aquel desdichado Príncipe es y será siempre para la ciudad abulense el Rey Alfonso XII. El actual Soberano es, pues, en la cronología de los Alfonsos el XIV, como su padre fué el XIII. Más valiera no sostenerlo.

También tiene Avila noble abolengo en la

historia de las libertades españolas, pues en su Catedral se reunieron los bravos comuneros de Castilla; como también escribió su página en la guerra de la Independencia con su valiente regimiento voluntario.

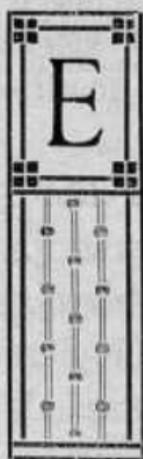
Por estos y otros muchos títulos es la vieja urbe digna del respeto y de la admiración de los hidalgos, y es por todos conceptos la de «los Leales» una ciudad ilustre y venerable.



IV

Avila moderna.

Raza de hidalgos.—Un mercado al aire libre.—La mujer abulense.—Humillante fracaso de un fotógrafo.—Cantos y santos...—Un clásico día español.—Los alrededores de Avila.—El río Adaja, calumniado.—La estatua de Santa Teresa.—Isabel la Católica y el gran Duque de Alba.



EL carácter de la ciudad abulense no se refleja únicamente en sus históricas murallas, en los vetustos restos de sus palacios, en sus viejos templos y sus calles tortuosas. Se conserva también en los espíritus y flota en el ambiente, con aromas de religiosidad y misticismo.

No encontraréis allí infanzones y caballeros de espada en cinto, émulos en sus hazañas de los de la Tabla Redonda. Pero sí encontraréis gentes hidalgas y buenas, pru-

dentes y reflexivas; digna representación del austero pueblo castellano, émulas en virtud, en piedad y en nobleza de sus antepasados. En sus calles se ven con frecuencia las extrañas y simpáticas figuras de los campesinos de ceñido calzón y de las mujerucas de refajos de colorines, que son un encanto para el turista extranjero y para los fotógrafos de afición.

En la modernizada plaza de la Constitución, antes del Mercado Chico, donde se encuentra el sencillo palacio municipal y bajo cuyos soportales existe la casa donde nació el capitán López Salcedo, cuya heroica muerte en Melilla recuerda una artística lápida, forman aquellos campesinos un cuadro pintoresco y curioso, que es para el madrileño una nota extraña y simpática.

Es una especie de mercado al aire libre, donde, sin duda, efectúan sus compras los vendedores de un lindo mercado de abastos situado un poco más arriba y cuya limpieza quisiera para días de gala la sucia plaza de la Cebada de Madrid, ó el mercado de los Mostenses. Hacia el centro de la plaza se agrupan, confundidos, los fuertes y sesudos asnos, cargados de cazuelas, pucheros, verduras, gallinas, jarros, frutas y otros varios

artículos de vulgar comercio. No se escucha un rebuzno; ni siquiera los asnos jóvenes se permiten una indiscreta insinuación con las burritas gentiles. Cualquiera diría que los graves jumentos celebran sesión... Bajo los



Vista parcial de la Plaza del Mercado Grande.

soportales, los amos hablan y discuten, casi en voz baja, tranquilamente, seriamente. Van á lo suyo, y no á perder el tiempo... Estos campesinos abulenses, casi todos vestidos de negro, con anchos sombreros y fuertes fajas de estambre ó de cuero, de graves rostros, que no contrae el rictus de la más leve sonrisa, parecen hombres de una

raza especial. En ellos se revela todo el carácter de la austera y fuerte raza castellana.

Las mujeres forman rancho aparte. Son honestas y serias; más aún, esquivas y malhumoradas. Apenas hablan. ¿Puede imaginarse cosa igual? ¡Mujeres y calladas!... Con sus refajos chillones, los pañuelos de colorines y sus raros sombreros de fina paja toscamente labrada, dan una nota viva y jubilosa bajo el ardiente sol de Julio. A mi compañero Boronat no dejan de gustarle estas fuertes matronas de altos senos y anchas caderas, capaces de albergar toda una nueva raza castellana; yo no quiero decir nada por mi natural comedimiento.

Las abulenses campesinas han dado un serio disgusto con su esquivez al buen Boronat. Fotógrafo de sangre, quiso llevar en una placa de su máquina el más interesante y curioso tipo de mujer, pero no le valieron sus artes y ratimagos de hombre habilidoso. Era una campesina guapísima, ataviada con garrido y pintoresco traje. La encontramos á la salida de la Catedral y la perseguimos por toda la calle de San Segundo, hasta el Mercado Grande, acechando el momento oportuno de disparar el Goërtz-Anschutz, pero la campesina se percató de ello y no

hubo manera de enfocarla. El fotógrafo, desesperado, rogó y suplicó; un amable señor, con tipo de hidalgo, vino en nuestra ayuda; todo en vano. La campesina echó á correr como una corza, y el fotógrafo tuvo que volver á Madrid sin el admirable tipo, herido en su amor propio, víctima del más triste de los fracasos.

La vida moderna no ofrece en Avila más señales que las del progreso de su cultura, la limpieza extremada de sus calles y el aspecto cuidado y coquetón de sus remozadas casitas. Esto último resulta un poco ingrato para el turista, porque estas casas pintadas son una negación del carácter de la ciudad castellana. En ciertos pueblos de Alemania y de Holanda se obliga á los propietarios de casas á reconstruirlas con arreglo á su mismo estilo, para conservar así la pureza de carácter de estas ciudades de turismo. Algo de esto ha debido hacerse en Avila para que aún resaltasen mejor su carácter y su aspecto medioevales.

Un conocido refrán dice: «Ávila, cantos y santos». Es, en efecto, Ávila verdadera tierra de Santos, pues en la capital y en la provincia nacieron ó murieron no pocos Santos, Venerables y Beatos; y como tal es un pue-

blo eminentemente religioso. Lo pregonan sus docenas de iglesias, conventos y ermitas, de gran belleza en su mayoría, de venerable ancianidad muchas de ellas. Y este espíritu pío de los abulenses contribuye á su carácter, á formar el sello especial de su vida y de su ambiente.

En mi reciente excursión á Avila yo he gozado las delicias de un día clásicamente español. Primero he visto una solemne y pintoresca procesión que salía del convento de las Reparadoras, con un centenar de lindas niñas ataviadas con los vaporosos trajes de primera Comunión. Luego he presenciado, en un medianejo circo, una corrida de toros, en la cual lucía sus agallas el *Formalito*, llevando de sobresaliente al *Tahonerito*, y el *Fidelista* hacía la suerte de *Don Tancredo*, con paraguas. Y entre una y otra españolísima nota he contemplado el espectáculo arcaico y efectista del reparto de la «sopa boba» en el convento de Santo Tomás. ¿Se puede dar un cuadro de conjunto más nacional, más clásicamente español?

Como recreo para los ojos, ofrece Avila al visitante el encanto de un paisaje bello y sencillo, de augusta serenidad. La ciudad murada se levanta en la meseta de una ele-

vada colina, el cerro llamado del Castaño, que forma parte de la sierra de Malagón, desprendida de la cordillera del Guadarrama. En las faldas del Sur y de Oriente se extienden, como ejército en guerrilla, los barrios de Santiago, San Nicolás y las Vacas, y luego la llanura, soleada y alegre, en la cual marcan verdes derroteros, con los árboles que los sombrean, el curso del río Adaja, el del Grajal ó Río Chico, su afluente, y dos carreteras. La linda alamedita de Calderón de la Barca, situada á extramuros, es como un gran balcón sobre el hermoso panorama del valle.

En el costado del Norte, donde se encuentran los barrios de San Francisco y San Andrés, también extramuros, el panorama es más abrupto. A corta distancia se ven varias antiguas ermitas; luego el bello páseo de San Antonio, á cuyo final se levanta el artístico convento de este nombre, y después el panorama de la montaña cubierta de verdura. Este paisaje del Norte es accidentado y bellísimo. La alta colina desciende con sus pintorescos relieves, matizada por las casitas y las ruinas hasta un valle profundo y estrecho, por cuyo centro corre murmurante el río. Luego se eleva el terreno y

forma la abrupta montaña que cierra el horizonte.

El lugar más pintoresco es el de Poniente. Señala el primer término el curso del histórico Adaja. Sobre la corriente cruza, parale-



**Reparto de la sopa en el convento
de Santo Tomás.**

lo al puente Nuevo, el llamado puente Viejo, fuerte y antigua construcción, cuyos indestructibles estribos se levantan sobre la roca viva que bordea y forma el cauce del río. Luego se admira el hermoso panorama de la sierra, poblada de pinares.

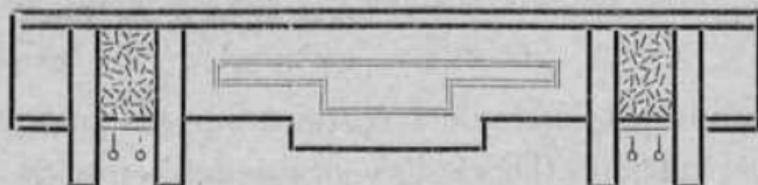
Este histórico Adaja es una modesta imitación de nuestro madrileño Manzanares; así

es de pobre y menguado. Camina casi á flor de tierra por su cauce pedregoso, y apenas deja adivinar el agua en algunos plateados charcos y en la presa del gran molino situado al lado del puente Viejo. Cuéntanme, sin embargo, que este invierno se le hincharon las narices al humilde río, y se salió de madre, inundó las vegas y causó graves estropecios y trastornos. Será verdad, pero no he querido creerlo. Yo creo mejor que han calumniado al humilde y simpático río. ¡Desbordarse él! Hubiera bastado para refrenar sus ímpetus con recoger el agua en cazuelas...

En el lado del Este, verdadero frente de la colina, se encuentra la plaza del Mercado Grande, con soportales á la izquierda. En el centro y al fondo de la plaza se levanta un monumento: un sencillo pedestal de piedra, y sobre él, ofreciéndose á la admiración y á la devoción de las gentes, la figura en bronce de la insigne Santa Teresa, la gran Doctora de la Iglesia y la más pura gloria abulense. En los recuadros del pedestal se han inscripto, para rendirles modestísimo homenaje, los nombres de algunos abulenses ilustres, hijos de la capital y de la provincia.

Un mi amigo, abulense culto, hidalgo de pluma y espada, me hace observar que á los

primitivos autores de las inscripciones se les olvidó incluir dos nombres gloriosos: el de la Reina Isabel la Católica (nada menos), nacida en Madrigal, y el del gran duque de Alba, que nació en Piedrahita. La primera de las lamentables omisiones fué subsanada luego, pero no la segunda. Aquellos nombres olvidados valían por todos los inscriptos. ¡Oh, manes de Isabel y de Alba! ¡Perdón para los pobres desmemoriados!...



V

Las murallas.

En torno al recinto. — La puerta del Alcázar. — Atentados artísticos. — Admirable espectáculo de las murallas. — Entre Carramolino y yo. — La puerta de San Vicente. — La Catedral-fortaleza. — Un ábside como no hay dos. — Aperitivo enérgico y desayuno deleznable.



LA nota más característica de Ávila constitúyena sus venerables murallas. Es lo primero que desea ver y admirar el viajero, no ya por lo raro que resultan en nuestra época estos recintos murados, sino por el gran interés que da á las murallas abulenses su antigüedad. Digna de notar es asimismo su perfecta conservación, al cabo de más de ocho siglos de existencia.

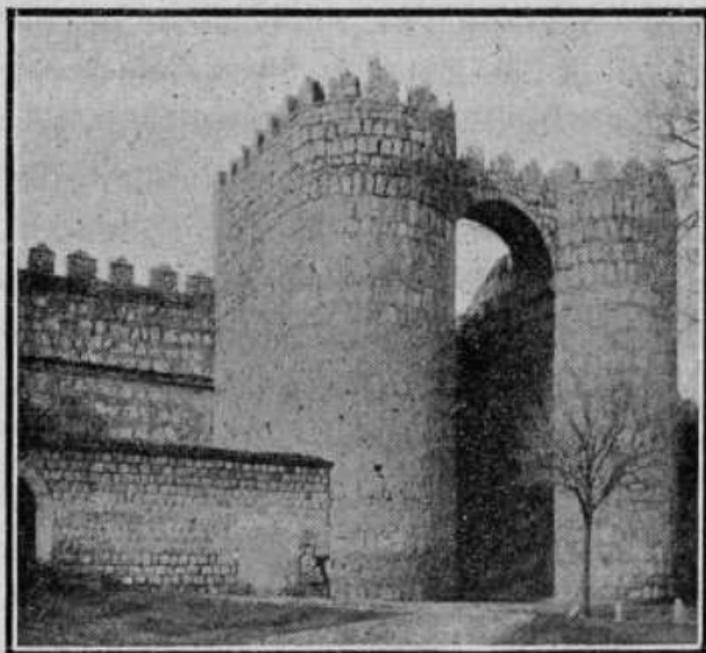
Muy de mañana abandonamos el lecho este simpático y excelente fotógrafo que me acompaña, el amable Carlos Boronat, y yo,

con el propósito de recorrer á nuestro gusto las murallas. Desde la ventana del hotel admiramos todo el bellissimo frontis de la Catedral, juzgamos un momento la original traza del templo y salimos inmediatamente, dispuestos á dar la vuelta al recinto, mientras las señoras hacían sus penosas *toilettes*. Seguimos por una tortuosa calle, á la derecha del hermoso templo, y á poco cruzamos bajo el esbelto arco de la puerta del Alcázar y nos encontramos en la hermosa plaza del Mercado Grande. Desde allí contemplamos, con verdadero entusiasmo, el bello monumento militar, una de las más soberbias y elegantes puertas de la ciudad.

En este punto, sin embargo, registramos una impresión desagradable, determinada por una grave injuria al espléndido monumento. Adosado al muro, cubriendo buena parte del lienzo de muralla y casi todo el torreón que flanquea la puerta en aquel lado, se ha construído un caserón destartalado y feo. Y esto es sencillamente una ofensa al arte y al buen gusto, y un acto punible de la autoridad que lo consintiera.

Dichosamente, según me cuenta un amigo, el nuevo Municipio abulense, celoso de los prestigios artísticos de la ciudad, se pro-

pone hacer desaparecer esa destartalada construcción, que es un irritante pegote. Merecerá bien de los abulenses y de los amantes



La Puerta de San Vicente.

de la Arqueología y del Arte el prudente alcalde D. Bonifacio Paz, si así lo realiza.

Al otro lado de la puerta del Alcázar, en todo el trayecto que sigue hasta la Catedral, formando la acera izquierda de la calle de San Segundo, se han construido casas, cubriendo todo el lienzo de la muralla. ¡Ojalá pudieran desaparecer también! Ese conside-

able trozo del recinto ganaría mucho en belleza y en propiedad histórica.

La bella puerta del Alcázar, en la cual se hicieron importantes obras de restauración la primera vez que fué ministro de Instrucción pública el ilustre Rodríguez San Pedro, dirigiendo los trabajos el eminente arquitecto Repullés y Vargas, se encuentra bastante bien conservada, aunque no ofrece tan admirable aspecto como la de San Vicente. Dos torreones inmediatos á aquella puerta están como descabezados. De ellos han desaparecido las airosas almenas y una parte de la fábrica.

Comenzamos nuestro recorrido por la muralla del Sur. En uno de los primeros trozos encontramos unas ventanas abiertas en el muro para dar luz á una casa que se ha construído por la parte de dentro, apoyada en la muralla. El efecto que producen esas ventanas, con sus rejas antiestéticas, es de desagrado y de indignación. Si el Municipio abulense da en autorizar construcciones como las indicadas, bien pronto habrá perdido Ávila su más singular encanto. Yo derribaría á cañonazos aquellas rejas, así como un infamante mirador construído un poco más abajo, sobre una pequeña puerta de la muralla.

Sin tropiezo ya y sin enojo, recorrimos todo el recinto murado, contemplando de paso el bello panorama del valle, cruzado por el Adaja, y de las verdes montañas. Damos la vuelta por frente al río, admirando el hermoso puente Viejo, y seguimos por el lado de la muralla del Norte, hasta entrar por la puerta de San Vicente. Fué, pues, una vuelta casi completa á las murallas, con un recorrido de algunos kilómetros.

Salvo los lunares apuntados, el espectáculo de las murallas encanta y maravilla. Las injurias del tiempo (más clemente que los modernos municipios) no han podido abatir la fortaleza de aquellos muros, que se conservan perfectamente con sus ligeras y graciosas almenas y sus elegantes torreones de forma circular, que á mí se me antoja semi-elíptica.

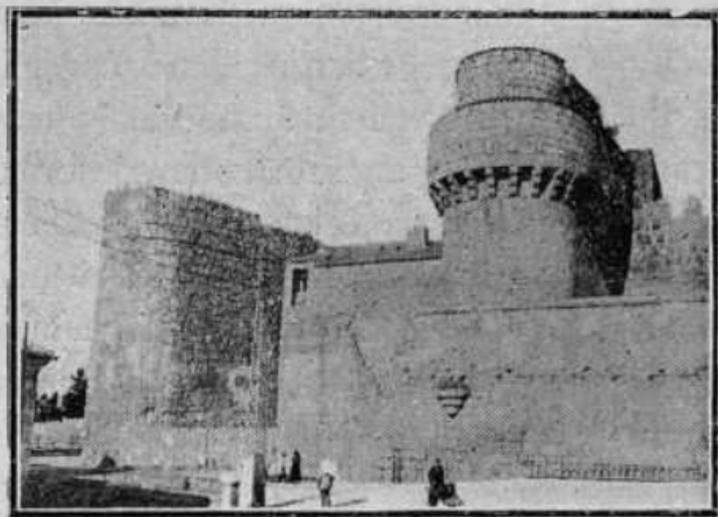
La construcción de las murallas abulenses, según recuerda el historiador Carramolino, comenzó el 3 de Mayo del año 1090. Después de la última reconquista de la ciudad, el Rey Alfonso VI decidió repoblar el territorio de Ávila, y al efecto hizo venir de Asturias, León, Burgos y Galicia á buen número de caballeros, con sus familias y vasallos. Con el repoblador asturiano Fernán

López de Trillo vinieron «22 maestros de piedra tallar y 12 de jometría». Vinieron también con él «600 carros, que carrejaban hierro, acero y ballestones». Del gobierno de Ávila encargó el Soberano al conde Ramón de Borgoña, casado con D.^a Urraca, hija de Alfonso VI y de su segunda mujer D.^a Constanza.

Acordada la reedificación de las murallas, bendijo las obras en la fecha apuntada el obispo D. Pelayo. Los trabajos se acometieron con gran actividad, tomando parte en los mismos 1.900 hombres, entre ellos numerosos moros prisioneros. Para la edificación se utilizaron las piedras de las antiguas murallas romanas, godas, árabes y cristianas y una parte de piedra de la sierra, formando con estos elementos un mortero casi indestructible. Fueron dirigidos los trabajos, según parece, por el romano Casandro y el francés Florín de Pituenga.

La construcción de los fuertes muros obedece á los primeros principios de arquitectura militar; su disposición es la de todas las plazas fuertes anteriores al empleo de las armas de fuego. Levantada sobre la sierra, en muchos puntos, especialmente en la parte de Poniente y Norte, los taludes de roca

viva son como parte de la misma muralla. Su conservación es tan admirable, que ilustres viajeros declaran que la muralla abulense es lo más completo, perfecto y bellamen-



Torreones de la muralla en el costado de Oriente.

te concluído que existe en Europa, como edificación militar de la Edad Media.

Forma la muralla un trapecio prolongado á lo largo de la colina, cortado en los dos ángulos inferiores, de modo que resulta un exágono irregular. La base mayor del trapecio corresponde á la parte superior y más ancha de la montaña, donde está situada la plaza del Mercado Grande, que es el verdadero

frente de ataque. De los extremos parten dos líneas convergentes, que antes de cerrar en ángulo son cortadas, frente al curso del Adaja, por el muro de Poniente.

El sistema de construcción es uniforme, por ser toda la muralla obra de una misma época. Se compone de lienzos rectos, coronados de sencillas y esbeltas almenas y flanqueados por 88 elegantes torreones, de forma circular, algo elíptica, almenados también. Los torreones, más altos que la muralla, se unen á ésta por las golas. En algunos puntos han desaparecido no pocas almenas del interesante festón y en algunos torreones trozos de los muros.

Se sube á las murallas por escaleras de piedra, adosadas á los paramentos interiores, y á los torreones por escalerillas que parten de la plataforma y se ocultan en el interior del torreón. Desde la altura de los muros se domina un espléndido panorama.

En la muralla se abren nueve puertas principales y algunas sencillas poternas. En el lado del frente hay tres, que son las más notables: las de San Vicente y Alcázar á los extremos y la antiguamente llamada del Peso de la Harina hacia el centro; en la base de Poniente una sola, la puerta del Puente; en

el costado del Norte, el más escarpado, dos, la del Carmen y la del Mariscal, muy airosa esta última, á la cual se llega por una empinada rampa del cerro; en el costado Sur las del Rastro, Santa Teresa y Matadero.

Las verdaderas puertas militares son las de San Vicente y del Alcázar. Las restantes estaban destinadas á facilitar los servicios de la población. Flanquéanlas dos torreones, unidos por sencillo arco almenado.

Las dos puertas militares son notabilísimas por su construcción, sus grandes dimensiones y su perfección de defensas. Datan de principios del siglo XI y constituyen un monumento inapreciable para el estudio de la arquitectura militar de la Edad Media, según autoridades competentes. En Europa no se conserva otro ejemplar tan admirable.

En la puerta del Alcázar ya se ha visto cómo se hizo desaparecer buena parte de su belleza con el destartado edificio adosado á uno de los torreones. También el Alcázar, reconstruído en las épocas de Felipe II y Felipe V, ha desaparecido en su mayor parte, y lo que queda conserva poco carácter. En la puerta de San Vicente ha hecho también la piqueta municipal algo digno de censura, haciendo desaparecer las puertas inte-

riores. Pero la parte exterior se conserva en toda su magnífica belleza.

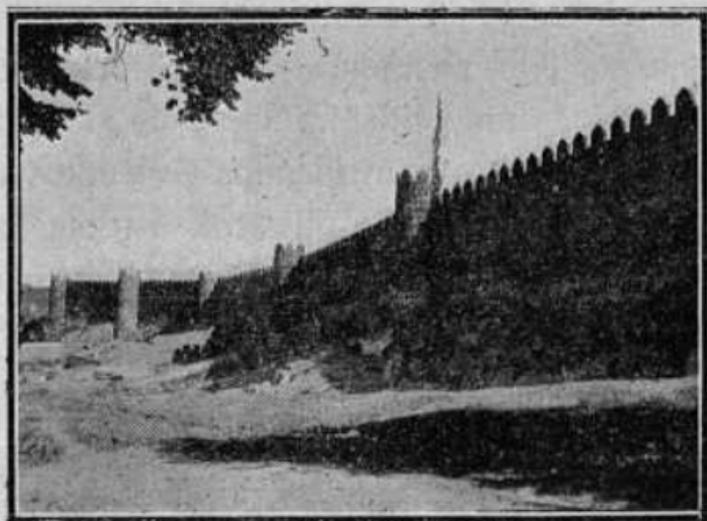
Está situada la elegante y soberbia puerta en el centro de un lienzo de muralla, pero formando un saliente que rebasa la línea general de defensas. Flanquéanla dos magníficas torres, de veinte metros, que arrancan rectangularmente del recinto. Cierra la puerta un arco almenado, y en la parte superior, uniendo las torres, se levanta otro arco elegantísimo, coronado de almenas. De igual disposición es la puerta del Alcázar.

Detalle interesantísimo del recinto militar es que de él forma parte el muro circular exterior del ábside de la Catedral, que forma un gran saliente, entre las dos puertas militares. En el interior del templo, detrás del altar mayor, se ha construído un sistema de bóvedas de planta trapezoidal, que se apoyan en el muro.

Estas bóvedas sostienen una plataforma almenada, que es una verdadera torre flanqueante. De esta plataforma sale otro torreón almenado y sobre el muro interior se levanta otra torre de mayor altura, constituyendo así triple sistema de defensas. El ábside de la Catedral es en tal guisa un formidable torreón de cincuenta metros de diámetro, des-

de el cual, por su gran saliente, se podía vigilar todo el frente atacable.

Esta parte del recinto difiere de todo lo demás por ser de construcción más moderna.

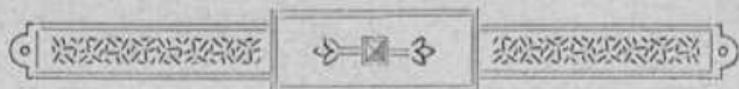


Lienzos de muralla en el costado Norte.

En el muro se abre una puerta del templo, la de San Segundo, á la cual da acceso una doble escalinata. Es como la décima puerta de la muralla, que pudo ser utilizada para servicios militares y que lo fué, sin duda, pues bien sabido es que algún bravo obispo se defendió valerosamente desde la fortaleza almenada de la Catedral, guardando la libertad de un Rey niño. Sin embargo,

acerca del santo templo se cuentan muchas leyendas guerreras, á las cuales trata con desdeñosa esquivez la Historia.

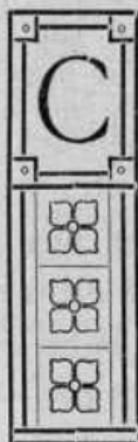
Terminado el agradable recorrido, volvimos al hotel, donde las señoras esperaban impacientes. El desayuno estaba también dispuesto. ¡Oh, mísero café con leche! ¡Oh, deleznable «francesilla»!... Después de tan ajetreado paseo por intrincados vericuetos y repechos formidables, nuestros estómagos hubiesen digerido perfectamente el propio mortero de las murallas.



VI

La Catedral.

El poema de la piedra labrada.—El templo del Salvador.—Monumento original.—Un pegote del barroquismo y un cobertizo antipático.—El trascoro y la capilla mayor.—Capillas y sepulcros.—Una obra de Berruguete, digna del Tostado.—En el claustro.—La sacristía.—Joyas, reliquias y recuerdos.

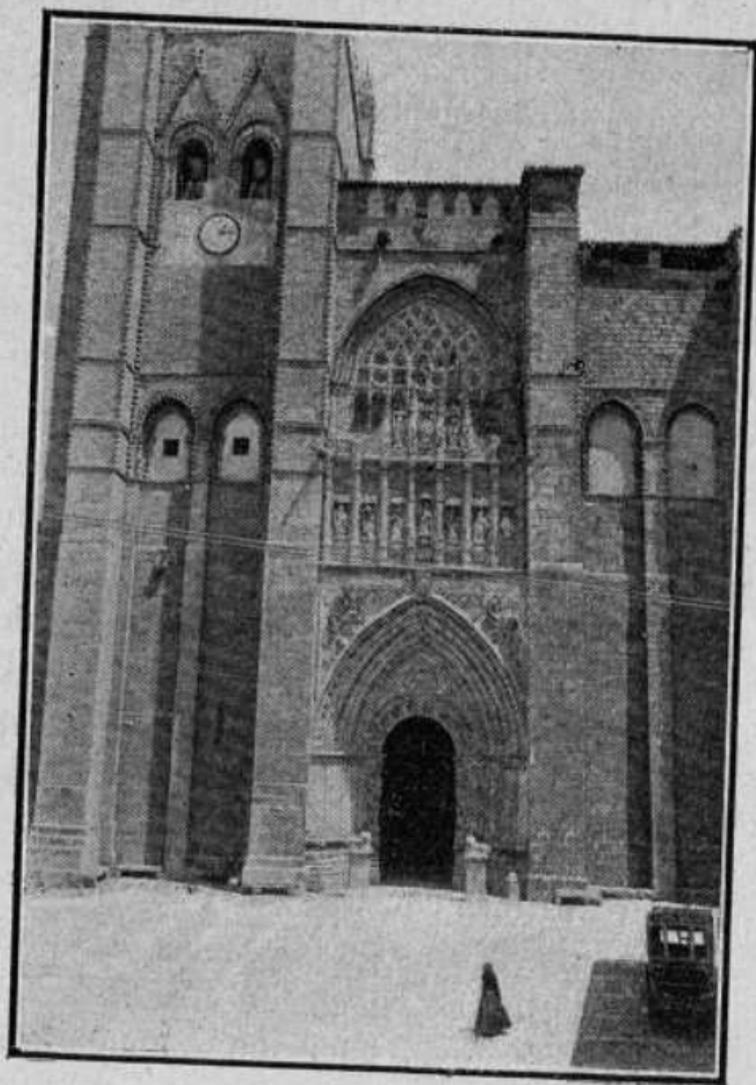


CON sus murallas, sus viejos templos y sus históricos edificios, donde tuvieron sus hogares guerreros de ilustre linaje, es Ávila como un hermoso poema de labrada piedra, en cuyas viriles estrofas canta la Historia su grandeza y sus primores el Arte. En ese espléndido poema, en el que se enlazan la sobriedad un poco tosca del arte románico con las sencillas filigranas del gótico primitivo, es acaso la estrofa más bella y vigorosa la Catedral abulense.

La primitiva fábrica del templo es casi contemporánea de las murallas. Comenzó á construirse en la misma época del Rey Alfonso VI, hacia el año 1091, y fué dedicado al Salvador. Era el tercer templo que con esta advocación se edificaba en Ávila. El primero fué una modesta ermita; del segundo se dice que fué mandado construir por el conde de Castilla Fernán González. El historiador Carramolino cuenta que dirigió las obras de la Catedral el maestro Álvaro García, natural de Estella.

Visitamos el templo por la mañana. El sol de Julio inundaba las calles con llameantes oleadas de alegre y esplendorosa luz, que hacía rebosar el júbilo en las almas. Al entrar en la iglesia, esta impresión jubilosa del aire libre se apaga instantáneamente, y el alma se recoge, como temerosa, en una sensación de augusto misterio. Los fuertes muros ennegrecidos por el tiempo y la humedad; las altas naves, cruzadas por los nervios vigorosos de las góticas aristas y sostenidas por imponentes pilares; la luz opaca, que apenas puede ahuyentar las sombras del recinto; el aspecto de sobriedad de la enorme fábrica... todo contribuye á producir una impresión de sombría majestad, un

LA CATEDRAL



Portada principal y fachada.

poco angustiosa al principio. ¡Cuán distinta sensación se experimenta al entrar en la aérea Catedral leonesa, toda alegría, ligereza y gracia!...

Dentro ya del templo, los ojos se acostumbran á la obscuridad y poco á poco pueden apreciarse los detalles. El arte recobra entonces su imperio y nos muestra toda la belleza de su original creación. Las impresiones sucesivas son ya de admiración y de encanto.

Es la Catedral un monumento bellissimo, de no grandes dimensiones, pero de singular disposición y mucho carácter. Con sus muros y torres almenados, unidos al ábside, ya descrito en su parte exterior, tiene aspecto de verdadera fortaleza, y esto le da gran originalidad entre las construcciones análogas del siglo XII.

La parte más considerable de la hermosa fábrica procede de esta época. En otra parte de la construcción, hecha en el siglo XIV, se altera grandemente el estilo románico primitivo, mézclase á él el arte gótico, cambiando el aspecto del interesante monumento, aunque embelleciéndole, y no deja de aparecer alguna vez el pesado estilo barroco, con detalles de ornamentación deplorable.

El Renacimiento dejó también las huellas de su gracia y de su esplendidez en algunos bellísimos altares y en el hermoso coro.

Con todo, y á pesar del tiempo transcurrido, la noble fábrica quedó sin terminar. Aún está sin construir una de las torres, la del Sudoeste, y es lástima que no se complete monumento tan original y característico.

La fachada principal, situada á Poniente, es muy bella. Sobre el pórtico de arcos apuntados, en cuyas jambas se advierten dos extrañas figuras de monstruos que le afean, se alza un gran frontis de piedra blanca, con relieves de escenas religiosas, que es una adición del barroquismo, de poquísima gracia y de ningún arte. El efecto que á primera vista produce la blanca piedra, destacando violentamente del muro gris, es deplorable.

Á un lado se alza la torre del Noroeste, estrecha y de forma rectangular, alta, no muy airosa, con festones de bolas en sus aristas. Adórnanla elegantes ventanas ojivales.

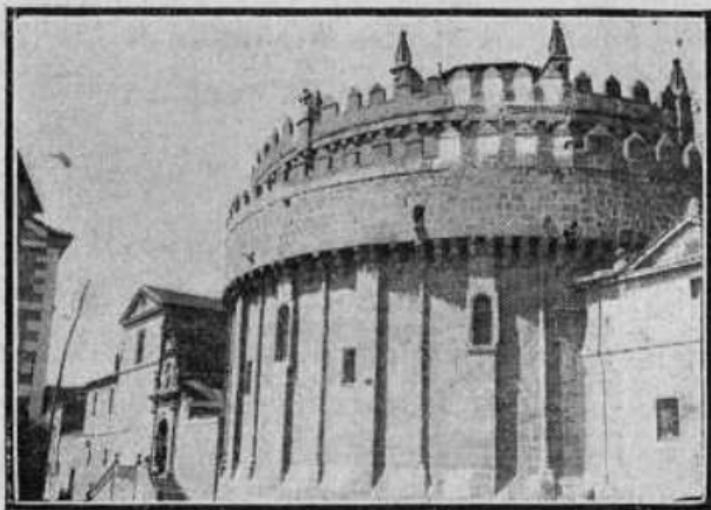
Al examinar la linda fachada, se ocurre al más profano formular una censura y una protesta. En la altura del muro se advierte que están tapiando las airosas y caracterís-

ticas almenas para formar pared y levantar sobre ella un extraño y antipático cobertizo. Y esto es un atentado á la belleza y el arte, obra, sin duda, de malos consejeros. Otro atentado es el haber tapiado las elegantes ojivas de la torre, abriendo ridículos ventanucos en el antiestético muro enyesado.

La puerta del Norte es de grandes dimensiones y más bella que la de Poniente. De entre sus arcos se destacan seis estatuas de Santos. En el frontis aparece la escultura del Salvador, rodeada por las escenas de la Cena y la Traición de Judas, y la Coronación de la Virgen en el centro. La archivolta está también adornada con figuras y las escenas de la Adoración de los Reyes y la Resurrección de la carne, en bellos bajorrelieves, como aquellas otras.

En el interior se forma mejor idea de la regularidad de proporciones del templo, que ofrece más especialmente los caracteres de las construcciones góticas del siglo XIII, con su labor sobria y un poco tosca. En el centro se levanta el coro y tras él la gran capilla mayor. Las dos naves de los costados se unen por detrás de la capilla, como formando una sola nave circular. El trascoro es majestuoso, de piedra, tallado todo él, con es-

cenos de la vida de Jesús. Cada uno de los magníficos bajorrelieves, que representan la Anunciación, el Nacimiento del Mesías, la Adoración de los Reyes, la Huída á Egipto, la Degollación de los Inocentes y otras, es un verdadero primor de arte.



Ábside-fortaleza de la Catedral.

La capilla mayor, cerrada, como el coro, con magnífica y elegante verja de bronce dorado, es de grandiosas proporciones. Recibe luz por diez y seis ventanales de redondos arcos, adornados con capiteles de artístico festón, sobre esbeltas columnillas. Cierran los ventanales vidrieras de colores, de artístico efecto.

El retablo, soberbio, fué construído en la época de los Reyes Católicos. Fórmanlo tres cuerpos y en sus recuadros se admiran pinturas de Juan de Borgoña, Pedro Berrugete y Santa Cruz, representando á los Evangelistas, San Pedro y San Pablo, la Adoración, la Transfiguración del Señor y otras escenas religiosas. Las molduras de los recuadros están ricamente esculpidas en estilo gótico y del Renacimiento.

En las grandes pilastras que cierran la entrada de la capilla llaman la atención dos soberbios altares de alabastro, los de San Segundo y Santa Catalina. Rodean las pilastras en buena parte bajorrelieves de alabastro, toscamente tallados, pero de bello efecto y muy característicos.

El coro, de estilo Renacimiento, es también magnífico. En las dos grandes pilastras que lo limitan, paralelas á las anteriores, se admiran dos elegantes púlpitos de hierro forjado y repujado, de estilo gótico y notabilísimo el del lado de la Epístola, y del Renacimiento el otro. Este último, de exquisito arte, se atribuye á Berrugete.

En las otras naves se alzan lindas capillas, como las de la Concepción, San Nicolás, San Miguel y San Blas. Las más notables son las

capillas semicirculares del presbiterio, sobre cuyas bóvedas se levanta la guerrera plataforma de los ábsides. En varias hay esculturas dignas de atención, como un magnífico Cristo de alabastro. Alguna se atribuye al famoso Gregorio Hernández.

Un ilustre escritor ha dicho que el hermoso templo abulense podría llamarse la Catedral de los sepulcros. En efecto, son muy numerosos los que existen en casi todas las capillas del templo, pero de escaso mérito los más. Muchos de ellos tienen esculturas yacentes de obispos y guerreros. No pocas de las estatuas están mutiladas.

En el muro posterior de la capilla mayor se ven otros altares más característicos. El más notable de ellos es el del sepulcro del insigne obispo de Ávila Alonso de Madrigal, el Tostado. La escultura del prelado escritor, los bajorrelieves con escenas religiosas que la rodean, las columnas de primorosa talla con figuras, son obra magnífica del ilustre Berruguete. El famoso obispo está sentado, en actitud de escribir. Todo en este soberbio y delicado trabajo maravilla y entusiasma. Es una de las más preciadas joyas de la Catedral.

En el muro Sur del templo abre una sen-

cilla puerta que conduce á los claustros. Son éstos muy bellos, con su airosa bóveda de crucería. Los lienzos del muro han sido cubiertos de yeso en alguna restauración criminal. Y para que más resaltara la torpeza ó el escarnio de los restauradores, sobre las enyesadas paredes pintaron aquellos «artífices» imitando la piedra.

Sin duda alguna, el sabio y digno obispo de Ávila ha de preocuparse de que sean reparados los censurables errores que anotamos, si hay recursos para ello. Porque lo más triste es siempre para estos grandes monumentos españoles que nunca hay consignación bastante en los presupuestos para su conservación y reparaciones.

En el claustro hay algunas interesantes capillas, como la llamada de la Cueva, con lindo retablo y una muy característica verja plateresca, y la de la Virgen del Pastel, cuyo nombre obedece á que la escultura, antigua y tosca, sostiene en la mano lo que el vulgo ha dado en llamar *pastel*.

Ya en el claustro, visitamos el hermoso salón gótico, adornado con pinturas de Santillana y Valdivieso, y la sacristía, de estilo Renacimiento, cerrada con magnífica verja, en la cual se guardan la soberbia custodia

de Juan de Arfe y un artístico cáliz de Andrés Petrucci de Siena.



**Bajorrelieve de la Adoración de los Reyes
en el trasero de la Catedral.**

En esta hermosa sacristía, que fué antes capilla, celebraron sus juntas los valientes comuneros castellanos, por lo cual tiene verdadero interés histórico. Allí también se

congregaron los nobles de Castilla para acordar ofrecer á la Reina Isabel la Católica la corona de su hermano Enrique IV.

Consérvanse en el viejo templo muchas reliquias y objetos de valor. Los ornamentos antiguos son de gran mérito, especialmente una espléndida casulla de fino dibujo mozárabe, bordada con suprema elegancia, que es llamada de Isabel la Católica. Consérvanse también el libro donde los Reyes juraron guardar los privilegios del cabildo; una bandeja de plata repujada, atribuída á Benvenuto Cellini; el bastón de ébano labrado, con puño de plata, que usó el ilustre Alonso de Madrigal, y muchas piadosas reliquias de santos y mártires.

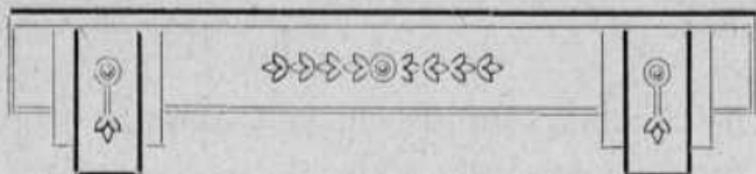
Luego de visitada la sacristía y recorridos los claustros, salimos de la Catedral por la puerta del Este, abierta en la muralla, la cual adornan la estatua de San Segundo, fundador del obispado de Ávila, y las de San Juan y Santiago.

Tal es, en breve compendio, este bellissimo y original monumento, cuya visita vale por sí sola la pena de realizar el viaje á Ávila, si no hubiese otras magnificencias que admirar.

Un detalle digno de ser citado con elogio es la facilidad con que puede el viajero

visitar el templo, á su sabor y á cualquier hora.

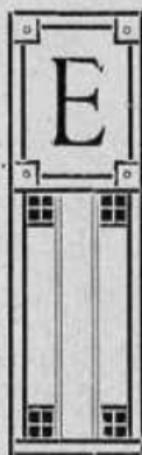
En otras capitales, en León, por ejemplo, hay que hacer milagros para visitar la Catedral, si no es por la mañana. En Ávila, el hermoso templo está abierto casi todo el día á la piedad de los fieles y á la admiración de los artistas.



VII

El convento de Santo Tomás.

Un cuadro pintoresco.—Pobres de Avila y convidados de fuera.—Un lego simpático.—El reparto de la sopa boba.—En la iglesia.—Una primorosa joya de arte.—El sepulcro del Infante D. Juan.—Poema de un Príncipe que muere de amor.—El maravilloso coro.—Recuerdo de una leyenda.—Los claustros.—La Naturaleza triunfadora.



ENTRE las joyas artísticas de Ávila ocupa lugar preeminente el convento de Santo Tomás, residencia de los Padres Dominicos. Monumento de singulares méritos, de gran riqueza y arte, es una ejecutoria de honor para la ciudad que lo posee. Para los amantes de lo antiguo y de lo bello es, sencillamente, una delicia.

Fácilmente pudimos encaminarnos hacia el convento, situado en la vertiente oriental

de la colina sobre la que se levanta la urbe, cerca ya del valle sosegado y alegre. Atravesamos el espléndido atrio de la iglesia de San Pedro, recorrimos á la derecha algunas típicas calles y descendimos por una empinada y larga cuesta. En el último tercio de ésta se eleva, gallarda y espléndida, la noble fábrica del convento, que hicieron construir los Reyes Católicos y que fué al mismo tiempo templo, convento, universidad y palacio Real. Una especie de Escorial en pequeño... anterior al Escorial de Felipe II.

Nos detenemos un instante frente al convento y recibimos una impresión desagradable. Esta mísera entrada, especie de atrio cubierto, es harto mezquina para tan singular monumento.

Sentadas sobre el empedrado suelo, encontramos unas docenas de mujerucas, ancianas las más de ellas, con otras docenas de chiquillos, provistos todos de humildes cestas, pucheros y cazuelas, esperando impacientes. No necesitamos preguntar lo que estás pobres gentes esperan. Es el reparto de la comida del convento; vamos á contemplar el cuadro castizo de la «sopa boba» de los conventos de la Edad Media.

Los pobres nos dan una desconsoladora

EL CONVENTO DE SANTO TOMÁS



Capilla mayor de la iglesia.

noticia: no es hora de enseñar el convento. Sin embargo—nos dicen,—entren ustedes en el patio y díganse lo al hermano lego que va á repartir la sopa. A ustedes, quizás se lo enseñen...

Atravesamos el atrio, formado por tres arcadas y cerrado al exterior por una pequeña verja de madera; alzamos el picaporte de la ancha y tosca puerta y penetramos en un enorme patio, desempedrado, cerrado por muros de ingrato aspecto; unos viejos y empobrecidos ábamos pretenden dar un poco de sombra al patio. Al frente se eleva la artística fachada de la iglesia. En el ángulo de la derecha, un mísero pórtico cubre la entrada del convento.

En un asiento corrido del muro derecho del patio esperan otros pobres, que parecen gozar preferencia, puesto que se les ha permitido allí la entrada. Es que son forasteros, y en el convento se observa la cortesía de servir primero la bazofia á estos «huéspedes» de fuera. Después se reparte á los pobres del pueblo, que en este día han de ser mujeres únicamente. Mañana, según nos dicen, se servirá á los hombres. Hay, pues, una honesta separación de sexos.

Entre estos huéspedes forasteros llama la atención un pintoresco grupo de gitanas, negras, greñudas, con trajes chillones, que constituye una extraña y violenta nota de color. Un enjambre de chiquillos desarraigados, pero alegres, vivarachos y simpáticos, las rodea. Un pequeñín de ojos grandes, brillantes, negros como la noche, nos mira atentamente, como si fuéramos bichos raros, y al acabar su examen nos tiende la mano...

Mientras el hermano lego aparece, contemplamos la elegante fachada gótica de la iglesia, construída de sillería de granito y piedra jaspeada en la bóveda. Forma el pórtico un gran arco volado, que contrasta con la linda portada ojival á que da entrada. Bajo el arco aparecen los cuatros Santos de la orden dominicana y otros Santos protectores. En el centro destácase la Cruz, y sobre ella, bajo un artístico rosetón, el gran escudo con el águila de Carlos V.

Los Reyes Católicos hicieron construir este templo por consejo de su confesor Hernando de Talavera, obispo que fué de Ávila y luego arzobispo de Granada, y del inquisidor P. Tomás de Torquemada. Este nombre recuerda una curiosidad histórica de

Ávila: el primer auto de fe allí realizado, que fué dispuesto por el famoso inquisidor.

Antes de que los Reyes Católicos proporcionaran tan suntuoso albergue á los dominicos, existió en aquel lugar otro modesto convento de la misma Orden, el cual hizo construir D.^a María Dávila, de la Casa de los Marqueses de las Navas, viuda de D. Fernando de Acuña, que fué virrey de Sicilia. El convento actual comenzó á construirse en 1442 y terminó en 1493.

Por fin, aparece el hermano lego, bajo y rechoncho, con cara coloradota y simpática. Los pobres se alborotan, impacientes, y arman una regular algarabía. El lego les impone silencio, mientras revuelve con el cucharón la bazofia contenida en enorme y humeante caldero. Otro lego, seco y escuálido, saca otras pequeñas calderas y vierte su contenido en el gran depósito de la bazofia, que el cucharón revuelve de continuo.

Comienza el reparto por los «huéspedes» de fuera. Luego pasan, en alocada turbamulta, los «convidados» de casa. Puestos en fila, los pobres aprestan sus pucheros y cazuelas, con tristes ansias en los ojos, y van desfilando rápidos ante el lego, que en cada recipiente pone dos ó tres cucharones de bazofia y

alguna añadidura de propina. Y á cada pobre que pasa, el lego repite una cantinela que no comprendemos:

—¡Largo! Tú estás ya demás, como el coche de Don Gonzalo...

¿Qué significado tendrá este refrancete del hermano? Desde luego él le tiene en gran estima, porque lo repite de ochenta á cien veces. Al buen lego no se le ocurre otra cosa.

El espectáculo del reparto es amargo y apenas el ánimo. Algún detalle de miseria crispera los nervios. A una infeliz muchacha se le cae y estrella en el suelo su cazuela; otra pobre le ofrece un puchero sobrante, y la niña mísera recoge del suelo á puñados la bazofia, mezclada con tierra. ¡Tristes gentes, que cifran una suprema esperanza en la angustiosa comida del convento!

Desde el ancho patio se escucha el monorrítmico canto de los frailes en el coro, elevando sus preces al Altísimo.

Los pobres tuvieron razón en su buen augurio: los hermanos dominicos nos han permitido visitar la bellísima iglesia, que es toda un primor, un encanto indescriptible. Nuestra gratitud al simpático lego por sus buenos oficios, será eterna.

Al entrar en el sagrado recinto se apode-

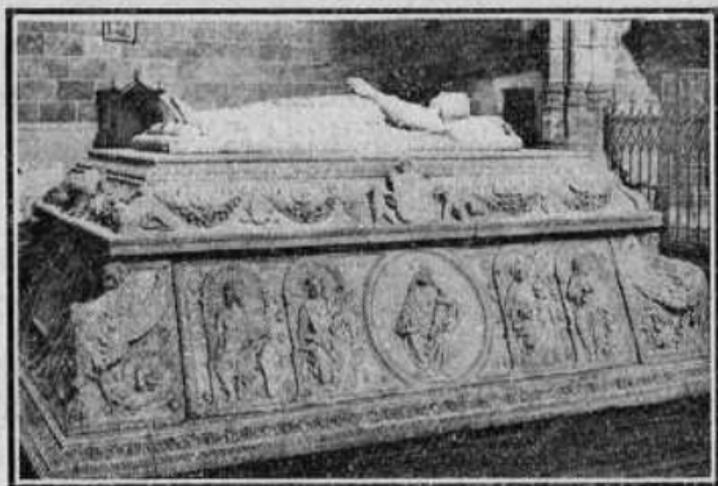
ra de nosotros una sensación de placer tranquilo. Sencilla, limpia, despejada, de sobria belleza, nada hay en ella que deslumbre con violentas fastuosidades. Todo es artístico, elegante y bello, pero de un arte sobrio y austero, de sencilla majestad, de suprema delicadeza. Detalles de gran interés son las bóvedas, de originales tracerías, y los sencillos y primorosos arcos.

Tiene la iglesia la forma de una perfecta cruz latina. El frente muéstrase dividido por un ancho arco rebajado, que parece formar la cripta al nivel del suelo. Sobre el arco se eleva, á bastante altura, para que pueda ser dominado desde el coro, el altar mayor. El retablo, cuadrado, que deja libre el muro hasta la bella crucería, es sencillo y elegante. En sus recuadros, que separan artísticas molduras, se representan escenas de la vida de Santo Tomás. El efecto de esta capilla mayor es originalísimo.

Muy interesantes son también la capilla de San Luis Bertrán, donde se admira un bello sepulcro antiguo, con dos estatuas yacentes y la célebre del Cristo, donde estaba el confesonario en que el Padre Domingo Bañes aconsejaba á la insigne Santa Teresa.

En el centro del crucero se levanta el se-

pulcro de alabastro del Infante D. Juan, hijo de los Reyes Católicos. Es una de las joyas más preciadas del convento, una obra verdaderamente estupenda. Más que la notable estatua yacente, sorprenden los filigranados



Sepulcro del Infante D. Juan en el convento de Santo Tomás.

relieves que rodean el sepulcro, con figuras de vírgenes, ángeles y santos y diversos simbolismos. No puede imaginarse nada más bello y perfecto. Al sentimiento de admiración sucede una indignación profunda al ver las criminales mutilaciones de las figuras, que dejaron como bárbaro recuerdo de su paso los invasores de la guerra de la Independencia. En unas figuras faltan las cabe-

zas, en otras las manos, allá se echa de menos un florón y aquí un artístico ramaje. Da pena el terrible destrozo.

En ningún templo español se conserva un sepulcro de tan suntuoso y clásico ornamento y á la vez tan atractivo y alegre. El Renacimiento trazó en él una de sus páginas más bellas. ¡Qué singular encanto el de esta filigranada decoración, ligera y graciosa! ¡Qué suprema elegancia la de la blanca figura del noble Infante, que murió de amores! ¡Qué delicado arte en todos los detalles, en el cuerpo del sepulcro como en las esculturas orantes de los ayos que velan el sueño del Infante; en las aladas figuras de los angelillos como en las aéreas guirnaldas de flores que sostienen!...

En la reciente Exposición de arte decorativo celebrada en Madrid se ha podido ver una buena reproducción del maravilloso sepulcro. El primoroso trabajo daba completa idea de lo que es el espléndido monumento funerario de Santo Tomás.

La figura juvenil y delicada del Infante nos habla de una noble vida segada en flor y del dolor sin consuelo de la Reina Católica; hablemos también de tristezas y desdichas de la patria, que acaso pudo evitar

aquel regio vástago. ¿Conocéis la historia del gallardo Infante? Es una historia sencilla y triste, que no tiene más que una página de esperanza y otra página de duelo.

Era este bizarro Infante el hijo predilecto de los Católicos Reyes; era también esperanza de su pueblo. Gallardo, generoso, noble, hubiera sido un Rey bueno y prudente. Razones de Estado buscáronle novia en tierras extrañas, y fué la elegida una Princesita rubia y blanca, muy linda y muy buena: la Princesa Margarita de Austria, hija del Emperador Maximiliano. Trajéronla á España naves españolas, que raudos huracanes empujaron, con peligro de zozobra, y en Burgos se celebraron las más fastuosas bodas de que hasta entonces hablaron las crónicas de España. Terminadas las fiestas, los Príncipes se retiraron á Salamanca para gozar de su ventura.

Pero la dicha es breve para los Príncipes, como para los pecheros. Poco tiempo después enfermó gravemente el Príncipe, y para su mal no hubo remedio. El soplo de la muerte secó en pocos días aquella vida de veinte años, que parecía tan lozana y venturosa. Las crónicas cuentan que el desventurado Infante murió de amor... ¿No es verdad que esta historia parece un cuento?

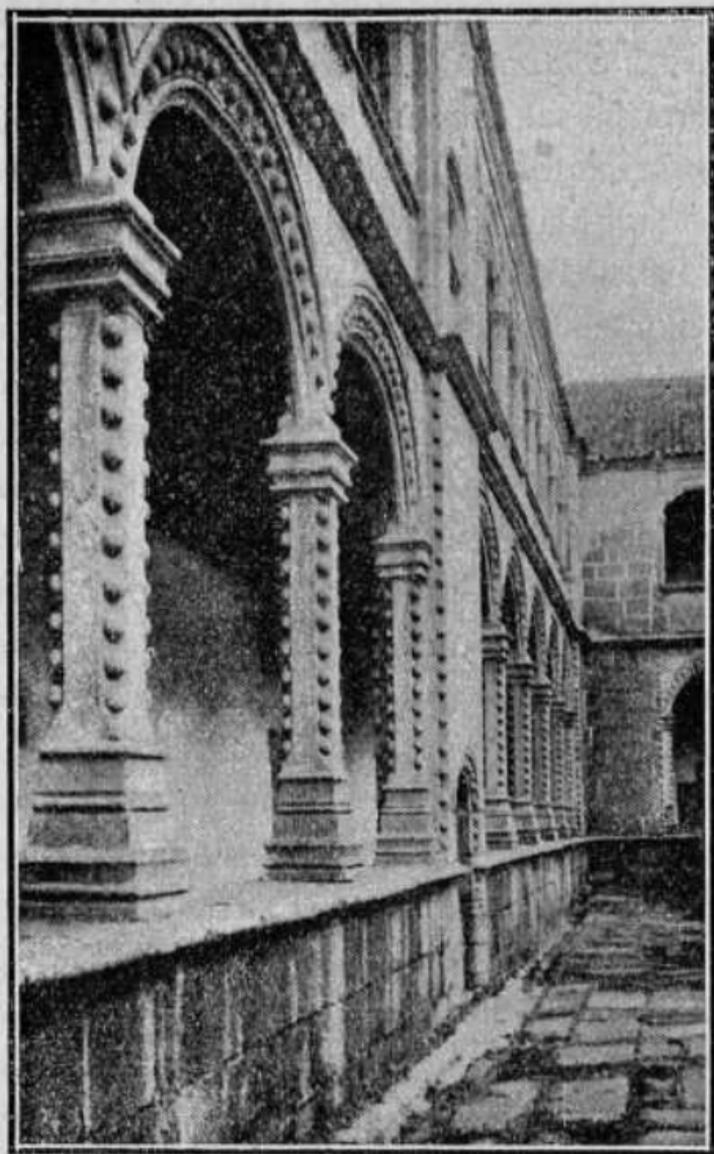
La Reina Católica, que tanto amó al malogrado Príncipe, quiso darle, como última prueba de su cariño, aquella regia sepultura del convento de Santo Tomás.

Desde la iglesia se alcanza á ver el maravilloso coro, de filigranadas labores góticas, cuyos dos primeros sillones eran los que ocupaban los Reyes Católicos. Sorprende cuando se ve de cerca la original y espléndida sillería, la prolija y soberbia labor de talla, en la cual se advierte la total ausencia de signos cristianos. Ello recuerda la célebre tradición de un famoso tallista judío condenado á muerte, á quien se indultó imponiéndole por condición que labrara este coro. El réprobo, ansioso de vivir, accedió á ello, pero no consintió en tallar una sola cruz.

En un solo templo hemos visto una sillería de coro tan asombrosa como ésta; en la iglesia de San Martín, de Santiago de Compostela. Pero la aventaja la del coro de Santo Tomás por la finura de la labor, por la multiplicidad de los motivos, por la exquisita delicadeza del dibujo. Esta admirable sillería, de pura filigrana, con sus airosos y elegantes doseles, es una joya inestimable.

Esta vez no nos han permitido los buenos

EL CONVENTO DE SANTO TOMÁS



Claustro de los Reyes.

padres dominicos, que estaban en retiro, admirar los bellísimos claustros, en uno de cuyos patios se hallan depositadas las cenizas de las víctimas del primer auto de fe; ni el hermoso salón gótico de la sacristía, donde está el enterramiento del célebre P. Torquemada, ni la sala donde es fama que se reunía el Santo Tribunal de la Inquisición.

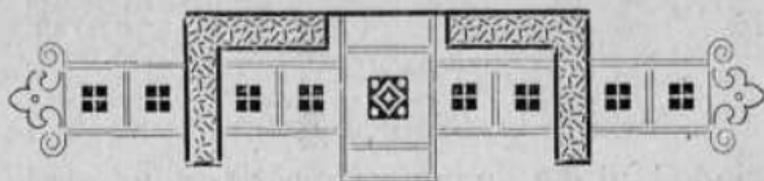
Por el sencillo pórtico abierto en el gran patio de entrada se pasa al claustro del Noviciado, cuyo patio limitan en cada banda cinco elegantes arcos. En este sitio se recuerda que estuvo establecida la cárcel de la Inquisición. El segundo claustro es el del Silencio, majestuoso y admirable, con hermosas bóvedas góticas y riquísimos festones en la cornisa del patio, cuyas elegantes arcadas nos encantan. Sigue luego el claustro Real, de dobles arcadas y de filigranada labor en su cornisamento. El arte del Renacimiento llevó á él sus primeras ráfagas y sus paganos y bellísimos adornos.

En las imponentes galerías se admiran retratos de Santos y Mártires y de ilustres maestros de la orden dominicana. Las austeras figuras parecen aumentar la sombría majestad de aquel lugar de retiro y de misterio.

En la planta baja, que tiene al exterior una elegantísima portada, tuvieron su residencia los Reyes Católicos, que pasaron en Ávila dos veranos. En la parte alta estuvieron las cátedras de Filosofía, Teología y otras, que el Papa Gregorio XIII elevó al rango de Universidad, la cual fué suprimida en 1707.

De otras infinitas bellezas de Santo Tomás, como el magnífico artesonado del Refectorio, las soberbias escaleras y las elegantísimas portadas, debiera darse cuenta. Pero si fuéramos á detenernos, correría el riesgo este capítulo de hacerse interminable.

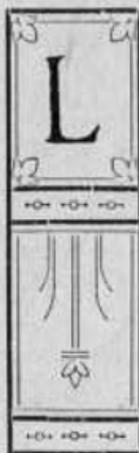
La honda impresión de arte y de belleza que el noble monumento produce, persiste largo rato... Cuando salimos del templo, el sol iluminaba con sus espléndidas llamara-das el cielo y la llanura. La hermosura de la Naturaleza refulgía con sus galas más brillantes. Sólo ella podía ventajosamente competir con la soberanía del arte...



VIII

La Basílica de San Vicente.

La tradición del judío converso.— Monumento admirable.— Las obras de restauración.— La portada maravillosa.— Detalles interesantes.— Los ábsides.— La Virgen de la Guía.— El sepulcro de los mártires.— Un crimen artístico.— La cripta.— La Virgen de la Soterraña.— Otro atentado al arte.



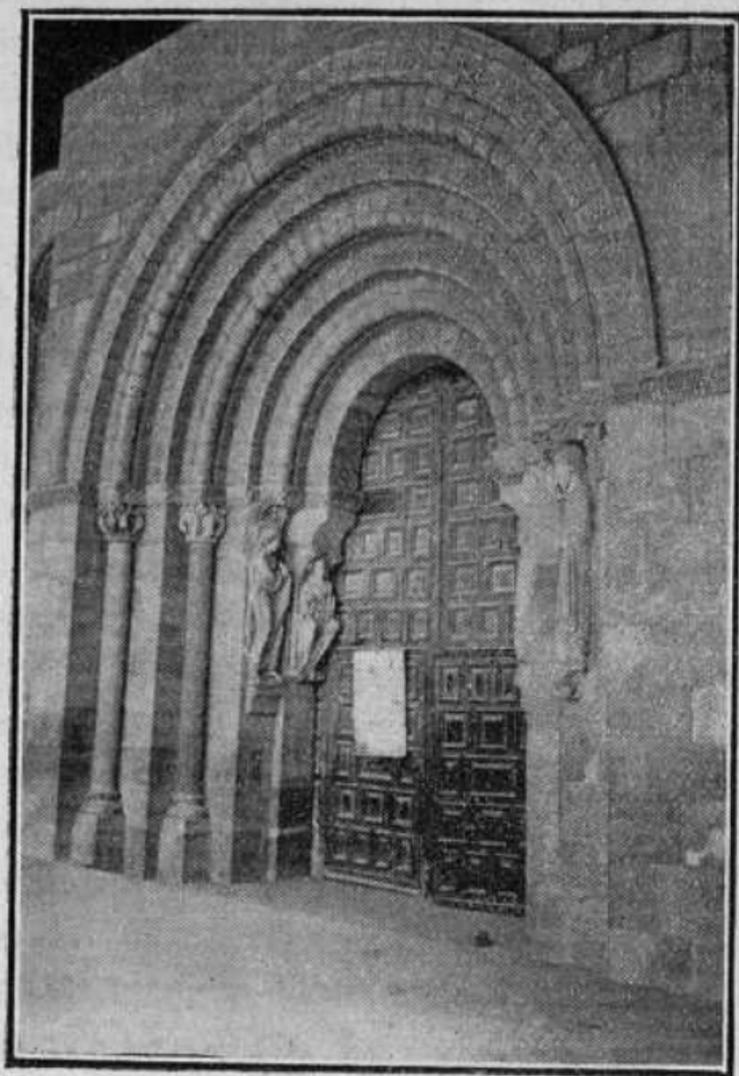
LA joya artística quizás más interesante y bella de Avila es la antigua Basílica de los Santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, generalmente denominada con el nombre del primero. Cuando fuimos á visitarla, estaba el templo cerrado y el sacristán no estaba en casa. Pero la sacristana, una amable y sencilla mujer, cuyo estado anunciaba que en breve había de dar al mundo un «sacristanito», se prestó bondadosamente á enseñarnos la venerable iglesia.

Se levanta la Basílica extramuros de la ciudad, al pie de una gran escarpadura de la sierra, que en lo antiguo se llamó el Berrocal y donde se consumó el martirio de aquellos Santos. Esto trae á cuento la piadosa tradición que se supone dió origen al templo primitivo.

Cuentan las crónicas que cuando los infieles martirizaban á los Santos hermanos por no abjurar de su fe, las turbas los zaherían con atroces injurias y blasfemias, distinguiéndose en el escarnio un feroz judío. De repente se desgajó una roca y por la enorme abertura salió una serpiente, que acometió al judío, aprisionándole entre sus anillos. El energúmeno, súbitamente arrepentido, pidió perdón á Dios y se convirtió al cristianismo. Para perpetuar el milagro hizo construir á sus expensas, en el mismo Berrocal, una ermita que consagró á los Santos mártires el año 307.

En este mismo lugar supónese que se construyó luego el hermoso templo. Pero, como siempre ocurre, la historia no se muestra muy de acuerdo con la leyenda. La verdad es que el primitivo templo fué muy posterior á la fecha en que se supone fundada la ermita del judío converso.

LA BASÍLICA DE SAN VICENTE



Portada de la fachada del Sur.

En el brazo Sur del crucero se muestra la sepultura del judío, y en la cripta un gran trozo de roca viva, que sustituye al cimientto, con un enorme socavón, del cual se supone que surgió la vengadora serpiente.

La Basílica de San Vicente es un curioso y notable ejemplar de la arquitectura de la Edad Media. Como dice Repullés en su excelente monografía, marca una época en el arte, con la transición del estilo románico al ojival, aunque el primero es el que domina en el templo.

No se tienen noticias ciertas de cuándo comenzaron las obras, ni de quién fuera el maestro que las dirigió. Se calcula que comenzaron á fines del siglo XI, después de la reconquista definitiva de Avila, acaso antes que las de la Catedral. Terminaron en el reinado de Alfonso X.

Las obras padecieron grandes vicisitudes, interrumpiéndose largos períodos. Así se advierten frecuentes cambios en el estilo. La última realizada fué la preciosa cúpula del centro del crucero, en la cual se admira como sorprendente detalle un primoroso rosetón. Sin embargo, á partir de Fernando III, todos los Reyes concedieron privilegios á la Basílica y visitaron el bello templo.

En 1440 comenzaron las obras de restauración, siendo reedificada la torre del Norte por el cardenal obispo Juan de Cervantes. En 1447 se construyó la sacristía. Los altares y retablos, de pesado gusto barroco, son de época muy posterior.

En 1849 restauró en parte la torre Sur y levantó el segundo cuerpo el benemérito arquitecto Fernández Callejo. Esta torre está aún sin terminar. En 1882 fué declarada la Basílica monumento nacional, y el arquitecto Miranda, encargado de la restauración, hizo la reparación de los ábsides y construyó un muro de contención en la parte del Norte y Occidente. Desde 1885 está encargado de las obras el ilustre arquitecto y académico Repullés y Vargas, quien, como Miranda, está realizando una perfecta y admirable labor.

La traza del templo es elegantísima y majestuosa, siendo detalle de belleza el raro color de la piedra. La planta, en forma de cruz latina, es simétrica. La nave central, ancha y hermosa, está separada por elegantes y fuertes pilares de las laterales. Una verja corta las naves y forma el coro en los pilares inmediatos al crucero. Las tribunas altas de la nave central son de bello efecto.

La puerta principal abre al Occidente, con un atrio de pequeñas dimensiones, pero muy lindo. Aún no está restaurada esta puerta y los andamiajes la cubren en gran parte, como á las torres que la flanquean. El pórtico forma un gran arco ojival decorado con elegantes baquetones y florones. Ojivales son también las ventanas de las torres, comenzadas en el siglo XIII.

Dentro ya del atrio sorprende al artista y al aficionado la hermosa y filigranada portada, cuya belleza supera á cuanto puede imaginarse. Divide la portada un elegante parteluz, que remata á ambos lados en arcos de medio punto. En la pilastra, rematada en ancho capitel, adornado con artísticas hojas y figuras de toros y leones, resalta la figura del Salvador. En los espacios planos de los arcos se admiran dos bajorrelieves que representan la muerte del pecador y del justo y el pasaje de Lázaro y el avariento.

Forman la portada cinco archivoltas concéntricas, sobre esbeltas columnas, maravillosamente adornadas con figuras humanas y de animales. La ejecución de este trabajo es primorosísima, pero, desgraciadamente, encuéntrase casi todo muy deteriorado, con dolorosas mutilaciones. En las jambas se

destacan las esculturas de San Pedro y San Pablo. Sobre los lindos capiteles, preciosamente adornados, se elevan las esculturas de ocho apóstoles.

Muy bella y notable es también la portada del lado Sur, frente á la ciudad, formada por



Pórtico en la fachada Sur de la basilica de San Vicente.

varios arcos concéntricos que adornan baquetones y florones. Las basas de las columnas son románicas y los capiteles muy lindos. Á la izquierda de la portada se admira una bella composición escultórica, de muy buena ejecución, que representa la Anunciación; la Virgen, cuya mano derecha ha sido mutilada, aparece sentada; el arcángel Ga-

briel está de pie. Á la derecha aparece la estatua del rey David y en las columnas anteriores á ésta las esculturas de San Joaquín y Santa Ana, de imperfecta factura.

En la parte externa del brazo Sur del crucero se ven unos sepulcros de precioso efecto, adornados con dobles arcos y columnillas góticas. Estos sepulcros pertenecían, según nos dicen, al cementerio que existió en aquel lugar, unido á la Basílica.

Delante del muro Sur se ha construído en época muy posterior un amplio pórtico, prolongado casi hasta la fachada occidental, que desentona del conjunto. El pórtico es, sin embargo, gracioso y elegante. Fórmanlo cuatro tramos, divididos por fuertes pilastras, teniendo cada uno tres arcos esbeltos, sostenidos por haces de columnas.

Detalle interesantísimo y maravilloso de esta fachada es el cornisamento superior, formado por una serie de lindas arcaditas en cuyos nichos se admiran preciosas imágenes, escenas religiosas y figuras humanas y de animales, todo ello de una ejecución fina y esmeradísima.

La fachada de Oriente está formada por la parte exterior de los tres ábsides, de bellísimo aspecto por sus airosas proporciones y

por sus elegantes ojivas. Son tres los ábsides y se agrupan graciosamente; el del centro es bastante más elevado que los laterales; las ventanas que los adornan son primorosos detalles de arte, como la linda crestería del coronamiento. La fachada del Norte, semejante á la del Sur, ha sido desfigurada con las reparaciones. Su estado es deplorable, pues está en buena parte desplomada, con los sillares movidos y los arcos deformados.

En el extremo oriental de esta fachada se encuentra la escultura de la Virgen de la Guía, ante la cual es fama que acudían siempre los cristianos caballeros abulenses á pedir protección en sus empresas guerreras y luego á dar gracias por sus triunfos.

En el interior del templo hay muchos detalles dignos de estudio y admiración, como la rica variedad de filigranados capiteles, el sepulcro de San Pedro del Barco, las esculturas de los Santos Mártires y la notabilísima verja del siglo XIII que guarda el altar de estos últimos. Pero la joya de más inestimable valor es el maravilloso sepulcro de los Santos Vicente, Sabina y Cristeta, emplazado bajo el arco toral de la derecha, entre la nave central y el brazo del crucero.

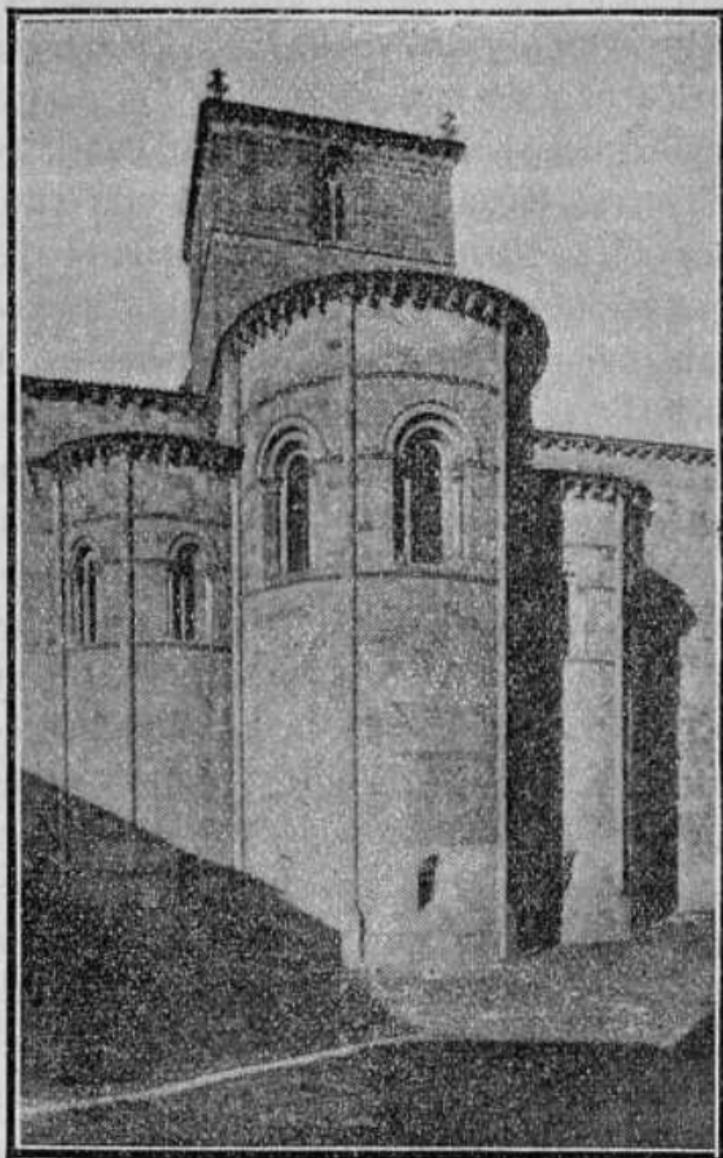
Sostienen el sepulcro grupos de cuatro

esbeltas columnas, de preciosos capiteles. Uno de los grupos ofrece la originalidad de estar las columnas retorcidas en una vuelta de espiral, de tal modo, que cada una de ellas remata, no en el propio capitel, sino en el inmediato. El gran rectángulo del sepulcro está decorado en toda su extensión con sorprendentes tallas en piedra, representando escenas religiosas, imágenes, ángeles y diversas figuras, tan prodigiosamente ejecutadas que, como dice un escritor, más parecen labor de orfebrería.

En este maravilloso sepulcro se cree que están depositadas las cenizas de los Santos Mártires, aunque esto ha sido siempre muy discutido. Aún sigue siendo cuestión litigiosa, pues algunos historiadores creen que los sagrados restos se encuentran en la histórica Colegiata de San Isidoro de León. No falta quien opina que tampoco reposan en aquel sagrado recinto, donde tuvieron suntuoso panteón los Monarcas leoneses.

El artístico sepulcro está cubierto por la grosera armadura de un baldaquino de pésimo gusto y de aspecto deplorable, que no realiza otro fin que el de ocultar la prodigiosa obra. Á propósito del dicho baldaquino, cita el arquitecto Repullés un detalle

LA BASÍLICA DE SAN VICENTE



Los ábsides.

que produce honda indignación. Según parece, para poder encajar el mísero baldaquino tuvieron la avilantez de *limar* las figuras de los ángeles que adornaban los cuatro ángulos del sepulcro, porque estaban muy salientes... Basta citar el estupendo caso para obtener la merecida condenación.

La cripta del templo es otra nota interesante, que no deben olvidar los viajeros. Á ella se baja por una estrecha y empinadísima escalera, cuya última parte parece abierta en la roca viva. Al llegar al fondo se siente gran humedad y pronunciado frío.

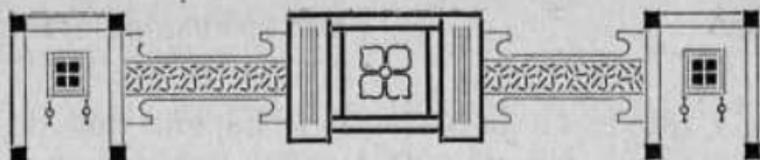
Compónese la cripta de tres piezas regulares, que convienen á los espacios de los tres ábsides del templo, siendo mayor, naturalmente, la del centro. La vista del visitante tiene una impresión poco grata ante el enyesado de las capillas, el zócalo de azulejos de la primera, que sirve como de paso, las doradas molduras y los retablos churriguerescos de los altares. Todo ello inadecuado y poco artístico. En la tercera de las capillas es donde se muestra el trozo de roca viva, de cuyo socavón saliera la serpiente vengadora de los Santos Mártires.

La espaciosa capilla central está dedicada á la Virgen de la Soterraña, que según la

tradición, se apareció en la cueva el año 843, reinando Ramiro I. Esta imagen milagrosa recuerda otro inconcebible caso de impiedad artística.

Era la escultura un bello y notable ejemplar del arte bizantino, cuyo primor solamente se aprecia hoy en la carita de la imagen. Estaba la Virgen sentada, y la piedad exagerada de las gentes fué causa de una grave injuria. Según nos cuentan, para poder vestir á la imagen con trajes ricos y lujosos que excitaran más la devoción, cortaron á la escultura las piernas. El caso es realmente de los que no han menester de comentarios.

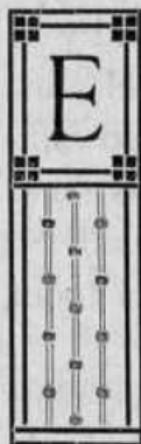
Cierto es que la piedad obra milagros. Pero es innegable también que en materia de arte ha producido verdaderos atentados.



IX

La casa de la Santa.

El culto de la Doctora.—Una inmensa deuda de gratitud.—El convento de Santa Teresa.—Reliquias y recuerdos.—El convento de la Encarnación.—Primera fundación de Teresa de Jesús.—El convento de San José.



EN la noble y pía ciudad abulense, la visita más obligada para el forastero es la del convento de Carmelitas Descalzos de Santa Teresa de Jesús. La insigne Doctora de la Iglesia, gloria de Ávila, es para aquel pueblo hidalgo la devoción principal. El santuario de la gloriosa taumaturga es, por tanto, objeto de preferente adoración. No visitarle se consideraría como una grave irreverencia.

Nada más justificado que esta devoción sin límites hacia aquella mujer extraordina-

ria, que es en la historia de España una de las figuras más excelsas. Pensadora y escritora insigne, fundadora gloriosa, mujer por todos conceptos excepcional, ella, la Santa por antonomasia, inmortalizó el nombre de Ávila con su fecunda existencia. La página de su nacimiento es la más brillante de la historia abulense.

Enalteció luego á la ciudad querida viviendo en ella los años más floridos de su existencia, escribiendo entre sus muros algunas de sus obras inmortales, realizando sus piadosas fundaciones, santificando la tierra que recorrió en sus andanzas para repartir á manos llenas los dones de su caridad y su virtud. La excelsa mujer es como el alma toda de la ciudad ilustre. Su poderoso espíritu vive en todas partes, alentando las almas con el soplo milagroso de su santidad. Su nombre, su vida y su obra tienen en todos los hogares culto inextinguible.

Sin embargo, la devota Ávila tiene pendiente con la Santa una inmensa deuda de gratitud. Aún no se ha levantado en aquel solar castellano, que ella santificó con su vida y con sus obras, un templo digno de la gloriosa taumaturga. En Alba de Tormes se está construyendo una gran Basílica para el culto

de Santa Teresa. En Ávila no se había pensado siquiera hasta ahora en que tal deuda debiera satisfacerse. ¿Qué pensar de este lamentable olvido, de esta gran injusticia, de esta enorme ingratitud?

Una voz generosa se ha levantado recientemente, pidiendo reparación para el incalificable olvido. El distinguido publicista abulense D. Nicanor Calleja ha hecho resaltar en las columnas del *Diario de Ávila*, un simpático periódico abierto á todas las buenas causas, la grave injusticia, lanzando la idea de que se construya una gran Basílica dedicada á Santa Teresa. La noble idea ha encontrado ecos de viva simpatía en periódicos cortesanos y en algunos generosos corazones abulenses.

Un acaudalado propietario de Ávila, don Juan Manuel Ruiz de Salazar, ha ofrecido al Sr. Calleja una gruesa suma para encabezar la suscripción que á tan generoso fin se abriera.

¿Llegará á realizarse la empresa?... Yo, que suelo ser optimista por temperamento, soy en tal ocasión desconfiado. La empresa es grande y difícil. Hay que aunar muchas voluntades, que conmover muchos corazones y que saquear muchos bolsillos... Sin embargo,

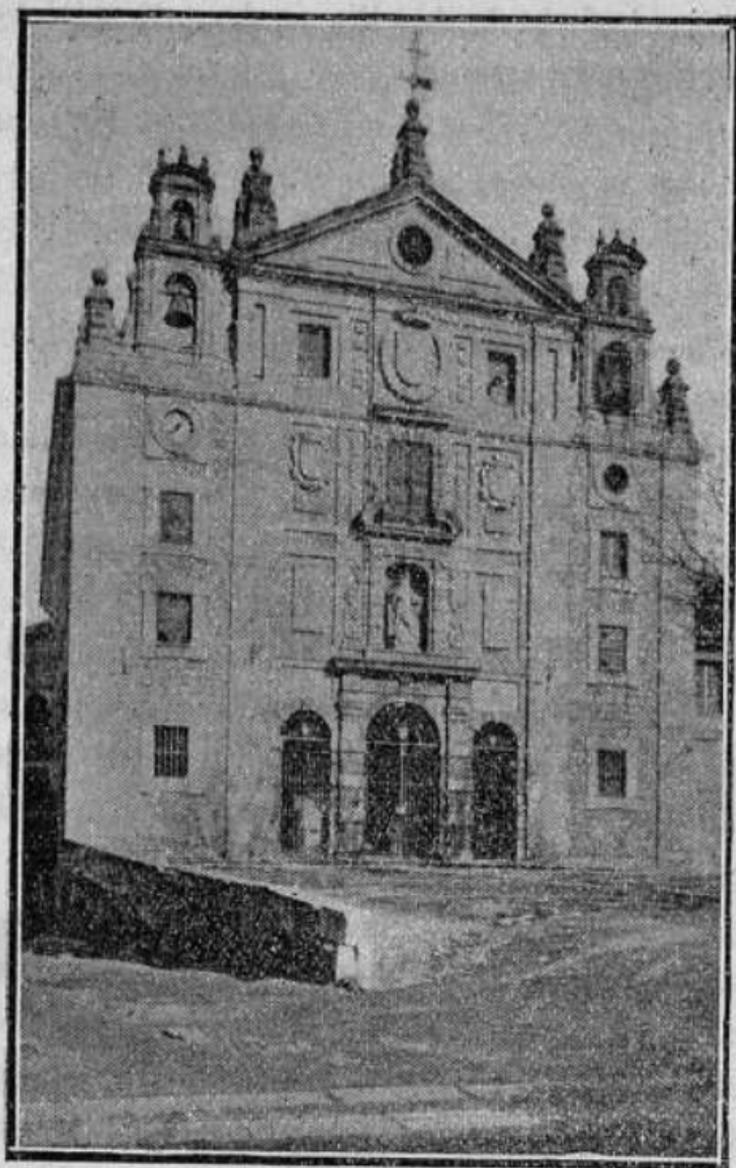
esta gran injusticia no puede mantenerse mucho tiempo sin la debida reparación. Va en ello el buen nombre de la ciudad de Santa Teresa.

Para más hacer resaltar la ingratitud, debe consignar el fiel cronista que el convento de Santa Teresa es uno de los más modernos de Ávila. Los Carmelitas Descalzos, los hijos de la admirable Doctora, padecieron muchos dolores y vicisitudes antes de tener casa propia. La munificencia del conde-duque de Olivares, el privado de Felipe IV, hizo que se construyera la santa Casa á sus expensas, y el 15 de Octubre de 1636 la ocuparon los Carmelitas.

El templo, construído cerca de la puerta denominada de Santa Teresa en la muralla, y en la plazoleta del mismo nombre, es sencillo, sin primores arquitectónicos. La fachada, de estilo barroco, es fría y austera, desprovista de arte y buen gusto. Cortado el frontón triangular que la corona y suprimidas las torrecillas laterales, más pareciera cárcel que templo.

Divídese la fachada en tres cuerpos. En el primero, un pórtico de tres arcos, cruzados con verjas, da acceso al templo; en el segundo destaca la imagen de la Santa en una am-

LA CASA DE LA SANTA



Fachada del Convento de Carmelitas Descalzos.

plia hornacina; en el tercero una gran ventana central, entre dos escudos de piedra. Flanquean la fachada dos líneas de antiestéticas ventanas cuadrangulares, que en el último cuerpo se convierten en claraboyas. Hay un cuerpo superior, con un gran escudo de piedra en el centro, y sobre él un frontón triangular con gruesas espadañas en los tres vértices. Á los lados se levantan dos pequeñas torrecillas de dos cuerpos.

En su interior consta el templo de una sola nave, con sencilla bóveda de crucería, sostenida por fuertes y desnudos pilares. La capilla mayor, cerrada por pequeña verja de hierro, es de elegantes proporciones; el retablo, de estilo churrigueresco, no deja de ofrecer interés. Á ambos lados de la nave hay varios altares con pesados retablos de estilo churrigueresco también.

El peregrino fija con preferencia su atención en el cuadro que representa á la Santa en el momento de la celestial visión que tuvo en la iglesia del convento de Santo Tomás, cuando la Virgen y San José se acercan á ella y cubren sus hombros con blanca capa sembrada de estrellas y colocan en su garganta un collar de divinos resplandores...

El convento está edificado en el lugar que ocupó la noble casa donde vivieron aquellos ilustres esposos D. Alonso de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, padres de Santa Teresa. Allí nació la mujer insigne y allí debiera perdurar su espíritu gigante. Sin embargo, es poco lo que en la casa existe que hable á los corazones y á las almas de la Santa gloriosa.

Á la izquierda de la capilla mayor, junto á un altar de la Virgen del Carmen, abre la puerta de una capilla, que es como la Meca de todas las devociones. Esta capilla fué la habitación de Teresa de Jesús, santificada con sus piadosos sueños y celestiales visiones. Junto á ella se encuentra un gabinete, en el cual se veneran las reliquias de la Santa: el dedo índice de la mano derecha, varias cartas, un rosario, una sandalia, una cruz hecha con madera de una viga de la que fué alcoba de Teresa, y el báculo que la Doctora usó en sus peregrinaciones; un báculo algo menor que el que María Guerrero usa, representando á la fundadora, en *La Alcaldesa de Pastrana*. Hay también en esta estancia un cuadro de autor desconocido y pobre de mérito, que representa á la Santa, con su rostro pálido y demacrado.

Sobre el altar de la churrigueresca capilla se eleva la efigie de Santa Teresa, á la que dirigen sus oraciones las almas devotas y atribuladas.

Otro recuerdo interesante se enseña también al peregrino. Es un pequeño patio, donde se muestra otra imagen de la Santa sobre un altar. En este patio—nos dicen—estuvo el huerto que la gloriosa niña Teresa de Cepeda cultivaba en sus juegos infantiles.

Y esto es todo lo que en la casa de los Carmelitas nos recuerda el alma fuerte de la insigne Santa Teresa de Jesús, el espíritu gigante que dió vida á tantas excelsas obras...

Recuerdo interesantísimo de la vida de Teresa de Jesús es en la ciudad abulense el antiguo convento de la Encarnación, donde pronunció sus votos la insigne religiosa y pasó veintiocho años de su existencia. La celda de la Doctora es hoy una linda capilla. El cuarto del locutorio, pieza pobrísima, en la que se conserva un sillón de la época, junto á un pequeño altar, con una estampa de la Doctora, parece unguido de su santidad. Tras las espesas y negras rejillas quisiera adivinar el peregrino la figura demacrada de la Santa, con su rostro pálido

LA CASA DE LA SANTA



Capilla mayor.

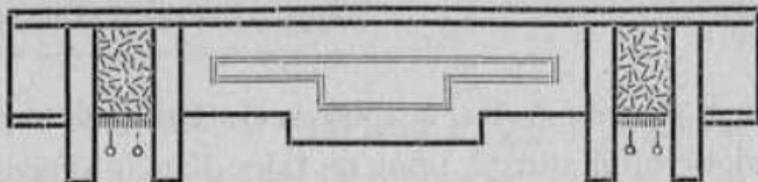
do y sus ojos refulgentes, toda vida, toda espíritu.

En la Encarnación se enseña al visitante, entre otras reliquias, un crucifijo de la Santa, un trozo de su túnica, varios autógrafos, el jarro de su uso y un hueso de su venerable cuerpo. Estas preciadas reliquias despiertan profundo respeto y religiosa veneración.

En este lindo convento, situado al Norte de la ciudad, fuera del recinto murado, estuvo nuevamente Teresa de Jesús, ya como prelada y abadesa, después de haber fundado el primer convento de la Orden reformada por la Doctora, que quiso hacer sus reglas más duras y severas.

Esta primera fundación es el convento de San José, llamado también *de las Madres*, situado á extramuros de la ciudad, en el barrio que lleva el mismo nombre de San José. Allí residió algún tiempo la insigne religiosa y allí quedaron los recuerdos de sus más grandes dolores. La iglesia del convento tiene una linda y elegante nave. El retablo del altar mayor es muy característico y bello. Como en casi todos los templos de Ávila, se encuentran en San José algunos antiguos sepulcros.

El espíritu imperecedero de la Santa Doctora vive siempre en las tres humildes residencias, enaltecíéndolas y santificándolas. Los devotos de Teresa de Jesús no deben dejar de visitar las venerables casas, para vivir un momento en ellas con el recuerdo fortalecedor de la mujer extraordinaria.



X

El pueblo en fiestas.

Las fiestas de Santa Teresa.—Pobres, pero honestas.—Pensando en el terruño.—Un poco de vaga é inútil literatura.—Romanticismo provinciano.—La musa de la fiesta.



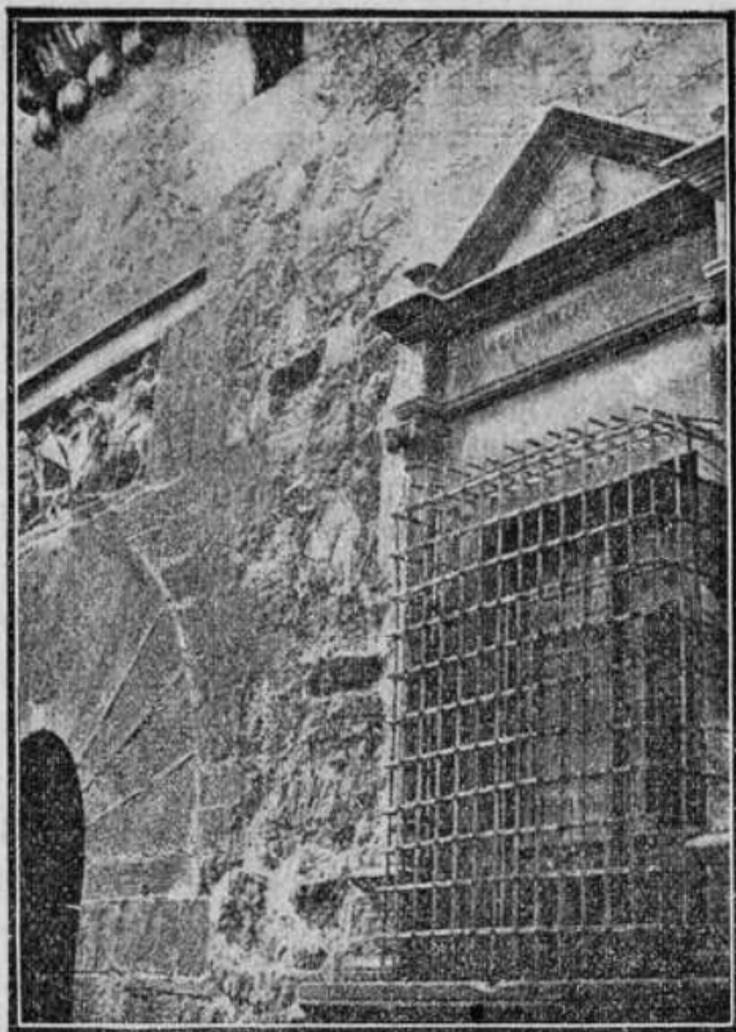
A mediados de Octubre, en pleno otoño, en días acariciadores y alegres de suave temperatura, celebra la ciudad abulense las fiestas tradicionales en honor de Santa Teresa, su hija y patrona insigne, y ellas ofrecen grata ocasión y pretexto favorable para hacer una excursión por las tierras de la sabia Doctora. Los plácidos días otoñales son, sin duda, el tiempo más bonancible para el interesante viaje. Ni molesta el frío, ni el calor sofoca; todo es templanza y dulzura.

La noble Ávila, la mística ciudad de la insigne taumaturga, pone en tales días de relieve su veneración por la Santa Teresa de Jesús, y el pueblo arde en fiestas y entusiasmos, ofreciendo el más bello y pintoresco cuadro de fe, de regocijo y de cultura. El gran espíritu de la inmortal escritora vibra en las almas y parece que refulge sobre el recinto murado de la ciudad que amó tanto y sobre la tierra bendita que santificó en sus andanzas piadosas.

Cierto que el Municipio abulense no cuida estas fiestas con el rumbo que debiera, no solamente por el respeto que la Santa merece, sino por la mira egoísta de atraer forasteros á la ciudad. Las fiestas son harto sencillas y con exceso pobres. Pero ello no importa. Estos festivales provincianos, con sus ferias, sus músicas, sus bailes del Casino y sus juegos florales, tienen siempre un singular encanto, que no comprenden bien los madrileños... de Madrid. Los que vinimos de lejanas provincias sabemos comprenderlos y amarlos...

Como en las cultas y gallardas fiestas del gay saber, en estas alegres y sencillas fiestas populares, que todos los años brinda *nuestra* ciudad provinciana, el pueblo donde soña-

mos amores y lloramos desengaños, pudiera también entonarse el himno gentil y eterno



Célebre reja de la casa de San Pedro de Ávila.

del *Amor, Patria, Fides...* Son ellas fiestas de amor y poesía, que ofrecen á la gente moza florecimientos de ilusiones en rosales

de eterna fragancia; son también fiestas de la patria y de la fe, que resucitan en las almas recuerdos y cariños del terruño inolvidable y renuevan el perfume de incienso de las creencias: semillas de fe que la adversidad quiso, vanamente, arrancar de los surcos que las buenas madres abrieron con sus besos y regaron con sus lágrimas.

Cada región, cada pueblo y cada lugar tiene su especial fisonomía y su carácter, como tiene también su propia poesía y su típico cantar. Pueblo romántico el nuestro, es un eterno poeta, que siente hondo, sueña alto y expresa pintorescamente sus sentimientos; pueblo lírico, canta siempre sus amores y sus duelos, en cantares llenos de ternura y sentimiento, que á las veces tienen honduras de poema.

Esta poesía del pueblo, franca y sencilla, tan lozana como espontánea, brilla siempre esplendorosa en sus fiestas. Esa alegría que en ellas reina, alocada y alborotadora; el entusiasmo que todos los años se renueva, á pesar de la monotonía de su repetición á plazo fijo; la fe que siempre inspira la Patrona insigne; la impaciencia con que la fiesta es esperada; las quimeras que se forjan «para cuando llegue», ¿qué son sino legítima y

sana y fresca poesía?... Acordaos, provincianos, de vuestro pueblo en fiestas, remozado y alegre, con su gente bullanguera y ansiosa de regocijo, con sus bailes, sus cohetes y sus músicas, con todos sus gratos recuerdos y sus santos amores, y una oleada de melancólica poesía os anegará el alma, renovando en la memoria todo un mundo de vida intensa y feliz.

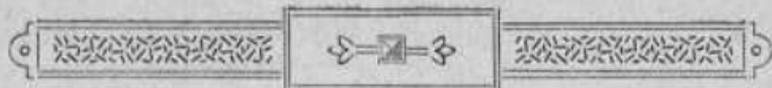
Desde que la fiesta comienza, parece que las musas andan sueltas y correteando como locas, de extremo á extremo del lugar. Y en las cabecitas morenas y rubias, y en los corazones vehementes de la gente moza van soplando un diluvio de quimeras, de ilusiones y de amores. Y estas alegres y pícaras musas lo llenan todo de lozana poesía, de cálida y fragante poesía, que canta estrofas de amor en los bailes y reza estrofas de fe en el repicar de las campanas.

Murmuren los escépticos, búrlense los cortezanos de nuestras provincianas fiestas... Esta noble y sana poesía de los festivales del pueblo es eterna; resurge todos los años con lozanías primaverales y todos los años retoña y florece, con vida vigorosa, en los corazones jóvenes. También en las almas de los viejos producen esas endiabladas musas

su efecto seductor; donde no broten capullos de ilusiones y rosas de amor, nacerán flores de recuerdos. Y también hay poesía en el recuerdo; también las tumbas tienen su poesía...

Pero ¿quién piensa en recuerdos, cuando es hora de gozar en las fiestas? Esos regocijados días de bailes y verbenas son vida del presente y del porvenir. Fiestas de juventud, señalan el reinado de las ilusiones. Su musa es alegre, enamorada y vigorosa; su poesía tiene siempre fragancias de primavera. Nuestra vida se renueva en el vivir de las generaciones jóvenes. Y la verdadera musa de estas fiestas de amor y de fe, la que hace retoñar los entusiasmos y renovar los esplendores y soñar grandezas donde sólo hay sencillez y modestia, es la única, la eterna musa de la vida: es la *Juventud!*...

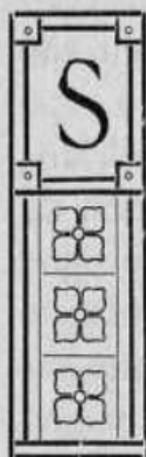
¡Oh, noble y pío pueblo de Ávila!... Provinciano romántico, al pensar en ti, pienso en mi lejano terruño, y cantando sus alegrías pretendo cantar las tuyas... Tus fiestas, como tus costumbres patriarcales, como tus viejas tradiciones, tienen el singular encanto de la sencillez, el sano regocijo de las almas viriles y honradas y el aroma de hidalguía y santidad que incensa tus calles y orea tus murallas.



XI

El Museo Teresiano.

Reparación de olvidos y abandonos. — Una bella obra práctica. — Proyecto malogrado. — El Museo Arqueológico. — Joyas artísticas y curiosidades históricas. — Un depósito del Marqués de Benavites. — Homenaje de justicia.



SE ha iniciado en Ávila una era de piadosas reparaciones de injustos olvidos y abandonos, que quiera Dios dure mucho, aunque hasta ahora, como en todas partes ocurre, es más lo que se habla que lo que se hace. Se realizan trabajos entusiasmados para la atracción de forasteros; se proyecta el homenaje de la construcción de la basílica teresiana, reparador de ingratitudes ya señaladas; un Ayuntamiento celoso y bien intencionado se propone dejar libres las murallas de todo estorbo y pegote,

y se habla y se proyecta de otras muchas cosas. Y á creer lo que me dicen, no es poco que se hable, en tierra como Ávila, que es algo y aun algo apática y dormilona.

Como obra práctica, hermosa y digna de encomio, se nos ofrece en esta era de reparaciones el Museo Teresiano, cuyo edificio, de buenas proporciones y elegante aspecto, se levanta no lejos del templo de Santa Teresa, en la misma plaza que lleva el nombre de la Doctora. Este Museo que, apenas iniciado, tiene ya buen número de históricos recuerdos y artísticas joyas, fué inaugurado recientemente. Cuando Ávila vuelva á celebrar las fiestas de la Santa, tendrá un año de nacido.

El nombre de Teresiano que lleva el Museo no responde más que á la aspiración de que á él vaya unido el nombre de la insigne fundadora, pues ningún recuerdo ni reliquia de la Santa se guarda en las incipientes salas. Con ese nombre se recuerda un magno proyecto concebido hace muchos años y que no fué posible realizar: el de la creación de un Museo y Biblioteca Teresianos, en el que se reunieran todos los recuerdos que se conservan de la Santa y las copiosas ediciones de sus inmortales libros, así como los muchos

que acerca de Teresa de Jesús y de sus obras se escribieron durante siglos. Para dar albergue á esta hermosa obra se construyó el edificio que hoy ocupa el naciente Museo Arqueológico Provincial.

Para llegar á conseguir la realización de éste se ha tardado también algunos años, á pesar de la tenacidad y del entusiasmo del cronista de Ávila, D. Manuel de Foronda, y de otros hombres de buena voluntad, entre los cuales se cuenta el ilustre académico y arqueólogo D. José Ramón Mélida. Pero, al cabo, pudo llegar á feliz término la justa aspiración después de vencer no pocas dificultades, y el Museo existe, perfectamente alojado, ofreciendo un nuevo y singular atractivo á los viajeros que visiten la monumental ciudad.

Se ha formado el Museo Teresiano con los objetos confiados en depósito por el Ayuntamiento, el Obispado y varios particulares, los que poseía la Diputación provincial y otros procedentes de generosas donaciones. Si algunos distinguidos abulenses, como el Marqués de Benavites, llevaran al Museo, en depósito naturalmente, una parte de sus espléndidas colecciones, sería ya aquél uno de los más ricos de España.

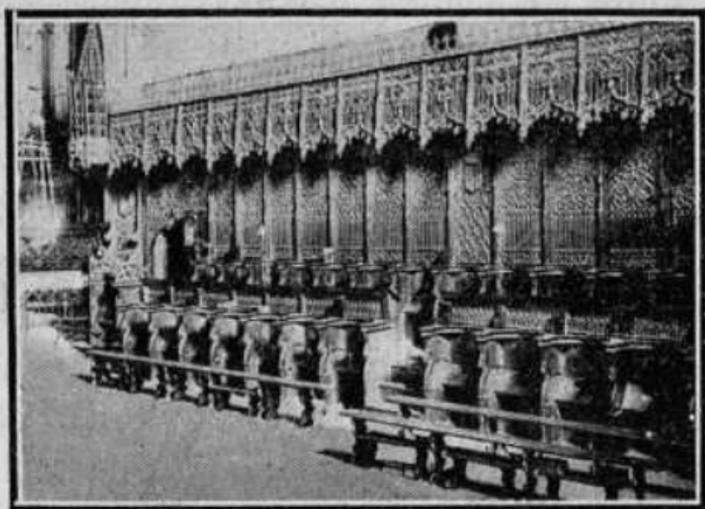


Del citado prócer hay en el Museo una colección de interesantes piezas de loza y porcelana de Talavera, del Retiro, de Alcora y de alguna otra antigua fábrica. También pertenece al Marqués de Benavites un curioso cofrecillo del siglo XIV. Todo ello no es más que una muestra de las ricas colecciones artísticas y arqueológicas del Marqués, cuyo palacio de Ávila es por sí solo un museo completísimo.

En el patio del edificio se encuentra buen número de escudos de piedra, con heráldicos blasones y algunos bellísimos bajorrelieves del Renacimiento, con otros característicos recuerdos. Los notables escudos son una muestra insignificante de la infinita cantidad que el viajero ve á cada momento en Ávila, donde apenas hay edificio que no tenga su escudo correspondiente.

Casi todas las épocas de la historia de Ávila están ya representadas en el Museo por piezas interesantes. Del período ibérico se ven curiosas figuras simbólicas de bronce, y otras en granito representando (con perdón) característicos cerdos. Uno de ellos es el famoso de Cardeñosa. De la época romana hay objetos de barro, monedas, mosaicos y otros.

Como recuerdo de la dominación árabe se encuentra, entre otras curiosidades un elemento arquitectónico labrado en granito, con su correspondiente inscripción cúfica. También nos hablan allí de la prehistoria



**Fragmento del coro del convento
de Santo Tomás.**

algunas antigüedades, especialmente hachas de piedra.

La mayor riqueza corresponde, naturalmente, á la época cristiana, después de la Reconquista. Representanla esculturas y pinturas interesantes, ya que no de gran mérito; armas, bordados, pergaminos y diversos elementos arquitectónicos de edificios y mo-

numentos destruidos ó restaurados. El más importante de éstos es una colección de artísticos canecillos de la basílica de San Vicente, que por el estado de descomposición de la piedra no pudo ser aprovechada en la restauración.

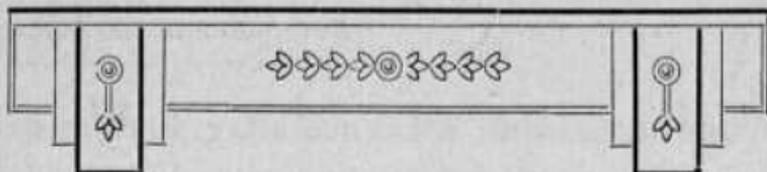
Entre las pinturas, hay una Anunciación de escuela florentina, del siglo xvi, y un tríptico del siglo xv, muy notable, inspirado en la escuela flamenca; entre las esculturas, una estatua yacente, del siglo xiv, que representa al Obispo Roelas; está tallada en nogal y conserva restos de chapeado de cobre. Como modelos de bordados se admiran unas ricas casullas de estilo Renacimiento, varias de gusto barroco y una del siglo xiv, de notable labor mudéjar.

Como joya venerable de la historia de Avila, se guarda en una vitrina el interesante Códice de su fuero. Acompañan á éste otros curiosísimos pergaminos.

Una numerosa colección de fotografías recuerda al viajero las maravillas que acaba de visitar. Allí están reproducidos los primores de San Vicente, las bellezas de la Catedral, las maravillas de Santo Tomás, Santa Teresa, San Pedro y otros templos, con otras de las murallas y de varios edificios.

El Museo Teresiano, como hemos dicho, está en su período de iniciación. Dentro de poco será seguramente un conjunto admirable de joyas arqueológicas, y, por consiguiente, una de las más poderosas atracciones para los eruditos y los estudiosos.

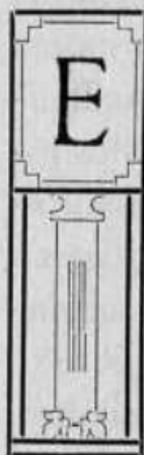
La vieja ciudad castellana debe gratitud por la realización de esta importante y simpática obra á varias distinguidas personalidades, además de las que ya hemos citado. Con Foronda y Mélida entran en parte el digno Alcalde, D. Bonifacio Paz; el Gobernador, D. Juan de Mora; el veterano D. Félix Bragado, tan querido en Avila; los catedráticos D. Cándido Monares y D. Juan Guerras y los Sres. Sánchez Ramos, Rodríguez Guzmán y Llorente. Queden aquí consignados sus nombres como homenaje de un viajero agradecido.



XII

La Academia.

La invasión de los aspirantes. — Los cadetes. — El amor que pasa. — El palacio de Polentinos. — La fachada y el patio. — Héroes de Administración Militar. — Ilustraciones del Cuerpo. Importancia de la Administración. — Una ejecutoria honrosa.



EL Hotel Inglés se encuentra en estos días verdaderamente atestado de huéspedes. No hay un cuarto disponible para un remedio; en alguna habitación hay tres ó cuatro camas; hasta los desvanes y pasillos han debido ser utilizados provisionalmente para instalar catres ambulantes... Á la hora del almuerzo, el comedor ofrece un aspecto de extraordinaria animación... Pero ¿serán todos turistas?

La doncella que nos sirve, la amable y simpática muchacha, tan servicial como co-

municativa, que esta mañana, á primera hora, nos contó ya su historia y la historia del hotel, y la de los jóvenes é inteligentes dueños del hotel, y casi la historia de Ávila, nos sacó de nuestro error. Estos huéspedes son un aluvión de todos los años, por la misma época. Es que en la Academia se están verificando los exámenes de ingreso, y de todas las provincias de España acuden los jóvenes aspirantes, con sus padres ó sus profesores, llenos de entusiasmo, para ganar plaza, que no todos ganan, naturalmente. Los exámenes son muy severos y muy tiránicos. Los aspirantes que ganan los puntos necesarios ya pueden decir que son mozos de provecho. Hoy mismo hemos visto algunas caras mohinas y tristonas entre los jóvenes imberbes. En la Academia podrán dar razón, sin duda, del fracaso que dió lugar á que esta juventud riente se tornara melancólica y huraña.

La Academia es en Ávila, por antonomasia, la de Administración Militar. La culta institución es una de las notas más características de la capital castellana. Después de Santa Teresa, es forzoso conocer la Academia, que es parte integrante del corazón de Ávila. La ciudad tiene puesto en ella legíti-

mo orgullo; buena parte de las muchachas abulenses tienen también puestos allí sus corazones vírgenes, abiertos como rosas á la primera brisa de amor.

Estos simpáticos y gentiles cadetes de la Administración Militar, alegres y estudiosos, galantes y enamoradizos, son una interesante nota de la vida de Ávila. Como en Guadalajara, en Toledo, en Valladolid, en Segovia, los cadetes son allí el bullicio, la animación, la alegría. Cuando cruzan por la calle ó desfilan en el paseo, se van tras ellos las miradas y los corazones. Son la juventud, alentadora de ilusiones y quimeras. Son el amor que pasa...

Cuando terminan los cursos de su promoción y alcanzan las insignias de oficiales, muchos de estos cadetes conquistadores quedan aquí prendidos en redes de amor. ¡Cuántas lindas muchachas abulenses llegan á pescar entre ellos el marido suspirado!... Otros muchos emprenden el vuelo á las provincias á que se les destina, y no vuelven á pensar más en el amor pasajero que cultivaron en los días de asueto con arrumacos engañosos. ¡Cuántas almitas soñadoras quedarán destrozadas al final de cada promoción!...

La Academia de Administración Militar

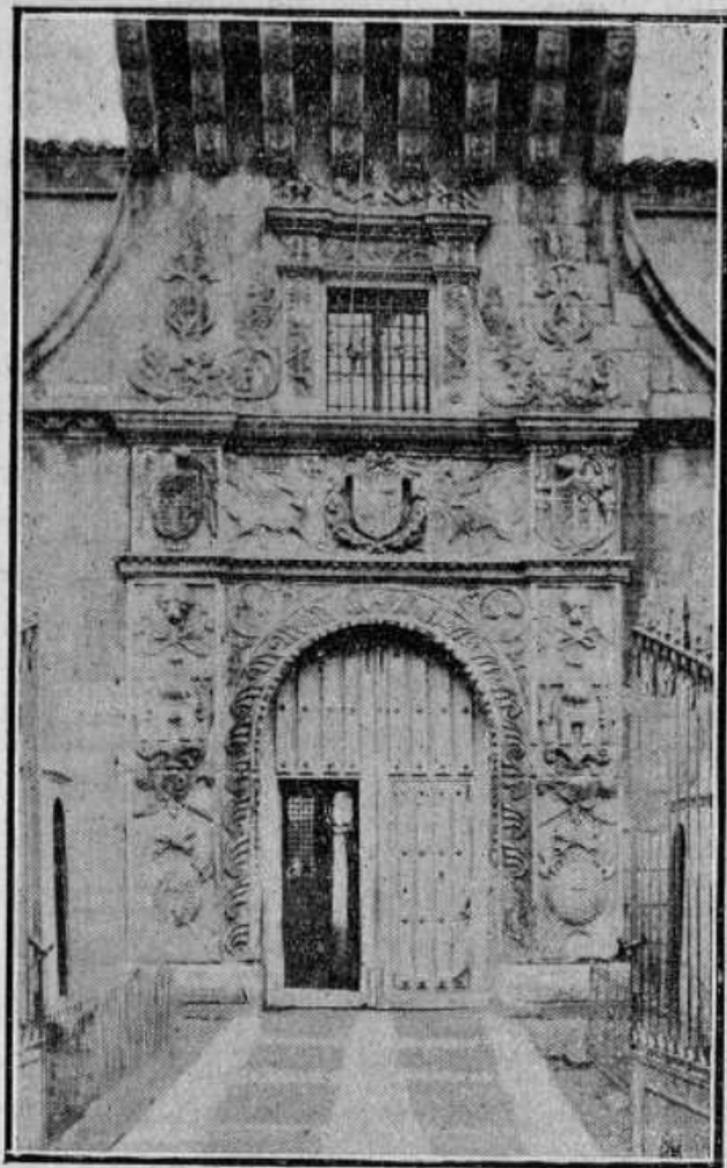
no estuvo siempre instalada en Avila. Al crearse, en Febrero de 1853, fué establecida en Madrid y abrió sus puertas, en Julio del mismo año, en el edificio de la calle de Alcalá donde hoy se encuentra el teatro de Apolo. Por decreto de 8 de Noviembre de 1866 se dispuso su clausura, y al abrirse de nuevo, en la época de la República, se instaló en la plaza de los Mostenses, en Octubre de 1873. Dos años después, en Septiembre de 1875, se decretó el traslado á Avila, donde la noble y culta Academia ha echado ya raíces.

Recientemente, el Cuerpo de Administración Militar ha sido dividido en dos: de Intendencia y de Intervención. La Academia abulense lo seguirá siendo sólo de Intendencia.

El edificio que ocupa el importante centro militar es el antiguo é histórico palacio de Polentinos, construcción interesante y de mucho carácter, que fué reedificada al estilo churrigueresco. Es siempre, sin embargo, un edificio notable, digno de ser visitado. Lo más bello y característico de él es la fachada principal, de robustos sillares y copiosa ornamentación.

La portada de la entrada principal es de

LA ACADEMIA DE ADMINISTRACIÓN



Portada del palacio de Polentinos.

estilo plateresco, obra notable en su género, como el marco de la ventana colocado sobre ella. Las jambas y archivoltas llevan sencillos adornos. Á los lados, dos simuladas pilastras ostentan como adorno diversos atributos militares, muy bien ejecutados. En el friso, sobre la imposta, aparecen tres grandes escudos de piedra: el del centro, entre dos hipogrifos; los laterales, que coronan las pilastras, sostenidas por águilas de piedra. Corona la fachada un pesado matacán, sostenido por ocho ménsulas, adornadas con rosas. A los lados de la ventana central hay otros dos escudos, y en torno del edificio, arrancando del matacán, una sencilla cornisa.

Muy bello y característico es el hermoso patio rectangular del palacio. Limitan el espacio por cada frente cinco airoas y esbeltas columnas, de basas cuadradas y bellos capiteles adornados con rosas. Las columnas continúan en igual forma, cerrando la galería del piso superior, en la que se admira artístico balaustre. Sobre las columnas resaltan elegantes escudos, y en cada dintel dos medallones con retratos, entre caprichosos adornos de hojas finamente labradas.

Ancha escalera de piedra conduce desde

el patio al piso superior. En el muro destaca un gran cuadro pintado al óleo por el notable pintor Morelli, que representa la muerte de un héroe del Cuerpo de Administración. La cartela colocada en la parte inferior del cuadro dice en su leyenda: «Alpens, 1873... Muerte gloriosa del oficial del Cuerpo D. Vicente Reina López». En una de las clases, una lápida de mármol negro recuerda en su leyenda la abnegación y el valor de un brillante jefe, el profesor de la Academia D. José Valero, que murió gloriosamente en la campaña del Rif de 1893.

En la sala de profesores hay un gran retrato del General Mata y Alós, conde de Torremata, fundador de la que en un principio se llamó Escuela de Administración, y otro retrato del subintendente D. Julián Vallsespín, una de las ilustraciones del Cuerpo, director que fué de la Academia, á la que dió gran impulso. En el cuerpo de guardia está el retrato del comisario Valero antes citado, y en una gran vitrina el sable que le perteneció. A este sable hacen compañía la espada de Vicente Reina y la de otro héroe del Cuerpo, el oficial Heraud, que murió en San Pedro Abanto, en 1875.

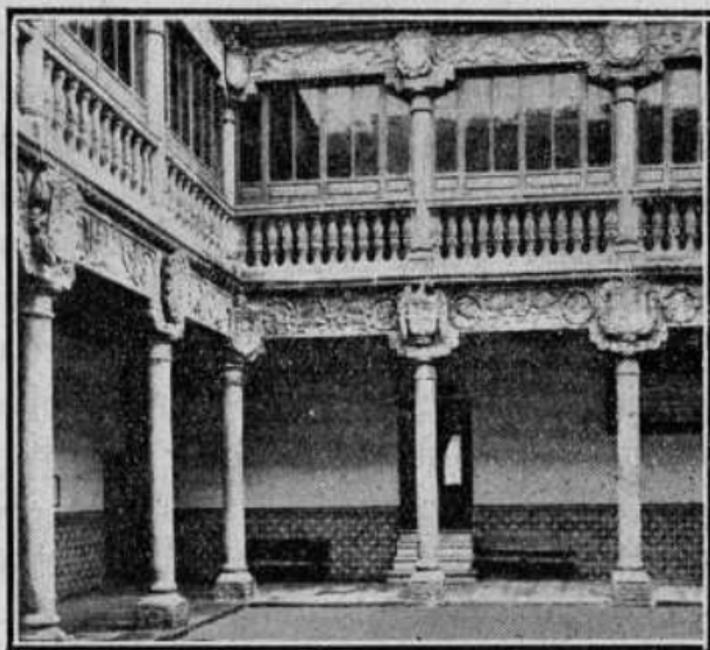
El viejo palacio de Polentinos ofrece á la

Academia digno aposentamiento. En él están perfectamente instalados las clases, el laboratorio, el gabinete de Física y Química, que es notable; la biblioteca, que consta de más de diez mil volúmenes; las salas de esgrima y gimnasia, los dormitorios y todas las demás dependencias. Una visita á la Academia en plena actividad, presenciando sus estudios y trabajos, debe ser cosa interesantísima.

Dirige la Academia en la actualidad el subintendente de primera D. Manuel Díaz Muñoz, hombre de sólida cultura, que ha desempeñado en el Cuerpo los destinos más delicados. Entre los ilustrados profesores figuran Pérez Iñigo, competentísimo en ciencias físico-químicas, que recientemente ha hecho un interesantísimo estudio sobre el estado coloidal de los cuerpos; López Martínez, que tiene también la carrera de Ciencias y es peritísimo en estudios de Contabilidad; García Aguilar, que es á la vez abogado, y Sánchez Jiménez, que ha enriquecido su cultura con los estudios de Farmacia.

Entre las personalidades de nota que salieron de la Academia y que ilustraron al Cuerpo, figuran el ex subsecretario de Gracia y Justicia D. Pascual Amat, jurista de gran cultura; el académico de la Historia y

geógrafo D. Antonio Blázquez, el letrado don Antonio Orio, el sabio geógrafo Torres Campos, el historiador Vicente Arias, D. Cesáreo Olavarría, autor de notables obras; el abo-



Patio del palacio de Polentinos.

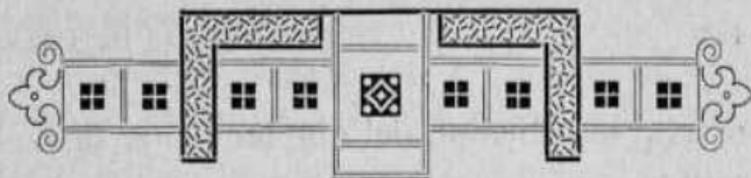
gado y geógrafo Conrotte y D. Mariano Marfil, que á la vez que desempeña su destino en el Cuerpo, es abogado en ejercicio, escritor y periodista, y á quien no sé si aún le queda tiempo para tocar el acordeón.

Por temperamento, por espíritu de solidaridad quizás, mis simpatías se inclinan siempre á los modestos y á los humildes. Sin

duda por ello siento admiración hacia este noble y sufrido Cuerpo de Administración Militar, formado de hombres trabajadores y modestos, de hombres de ciencia y de estudio, para quienes rara vez brillan las aureolas de gloria de otras armas. Hasta hace poco considerábase al Cuerpo como de secundaria importancia, y acaso no se le miraba con grandes sentimientos de afecto y compañerismo. ¡Grave injusticia!... La experiencia y el estudio han puesto de relieve toda la enorme importancia que la Administración tiene en los ejércitos modernos, enalteciendo á aquel Cuerpo sufrido y estudioso.

La Administración Militar española, que tiene un plantel de jefes y oficiales ilustradísimos, ha demostrado que está á la altura de la de los mejores ejércitos de Europa. En las recientes campañas de Melilla ha prestado servicios eminentísimos al Ejército y al país, y ha escrito páginas de gloria para el oscuro y simpático Cuerpo.

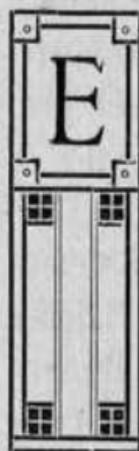
En último término, estos hombres de estudio y de trabajo, renunciadores del brillo y de la gloria, que tan obscuramente trabajan, demuestran también, como Valero y como Reina, que cuando el caso llega saben pelear como valientes y morir como héroes...



XIII

Otras impresiones.

Un día bien aprovechado.—El Coliseo abulense.—La iglesia de San Pedro.—El drama de un cervecero. El templo donde se bautizó á Santa Teresa.—Otras parroquias.—La capilla de Mosén Rubí.—Edificios civiles.—La casa del torreón.



EN nuestra infatigable correría por la ciudad hemos visto otros muchos interesantes monumentos, aunque muy á la ligera algunos; en varios tuvimos que contentarnos con admirar su traza exterior. No podemos quejarnos de no haber aprovechado el tiempo: hasta hemos podido descansar y casi dormir una siesta en la alamedita de Calderón de la Barca, ya rendidos por el ajetreo. Mas para admirar á conciencia todas las bellezas de Avila, no ya para estudiarlas, se necesita

mucho más tiempo del que teníamos disponible.

Esta mañana visitamos la antigua iglesia de San Pedro, que es también una verdadera joya. Después de dar un paseo por San Antonio, donde se encuentra el convento de este nombre, volvimos á la plaza del Mercado Grande, cruzando por la calle de Estrada. En esta calle hemos visto, al paso, uno de los teatros de Avila, el llamado Coliseo Abulense; un teatrillo modesto y tenebroso, que me hizo recordar otro coliseo madrileño que ya no existe, el de la Alhambra. Tal recuerdo trajo á mi paladar amarguras de acíbar. Como que en ese desdichado teatrillo cortesano tuve yo el honor infausto de ser presentado á mi suegra. Y conste que no es broma.

Estaba el teatro abierto; unos mozos efectuaban muy á la ligera su limpieza. Viajeros curiosos, entramos para ver la sala, de modestísimo decorado, separada del portal por un asomo de vestíbulo. A un lado, en una cartelera ambulante, estaba el programa de la función del día. El caballero Sanz, con los originales muñecos héroes de su ventriloquía; un prestidigitador y dos ó tres bailarinas y cupletistas de esas de piernas al aire,

voz de cencerro y «toma caera». Ó como dijo López Silva, *cantantes de solillo*

que se cargan de brillantes,
cantando cosas picantes
y moviendo el solomillo.

Continuamos nuestra peregrinación al Mercado, en cuyo frente principal se alza la artística iglesia de San Pedro, contemporánea de la basílica de San Vicente. Es una reliquia bizantina del siglo XI, con espléndido atrio y magnífica portada, sobre la cual destaca el artístico rosetón de una claraboya. Está construido el templo de bella piedra jaspeada; en su interior es un poco sombrío; llaman la atención los elegantes brazos de su crucero y el retablo de su capilla mayor. También son muy notables algunas de las esculturas y varios de los antiguos sepulcros que conserva.

Los ábsides del templo son tres, muy bellos, semejantes á los de San Vicente. La portada del Norte, decorada con gran originalidad, es riquísima, y muy interesante, la del Sur, formada por arcos peraltados. El arte románico tiene en la iglesia de San Pedro una joya digna de ser admirada.

Al salir del templo quisimos descansar unos instantes. Sudábamos á chorros y la sed nos ahogaba. El sol caía á plomo sobre la enorme plaza y el calor era asfixiante... Pero ¿cómo?... ¿Calor en Avila?... Sí, lector: un calor sofocante. Cuando Dios da, como dice la gente, da para todos...

Buscamos un sitio donde refrescar y no tardamos en encontrarle. A la izquierda de la plaza, frente á los soportales, vimos una tienda con el pomposo título *Cerveceria*, que fué una promesa de felicidad. Entramos... Era una tiendecilla modesta, con un cuadro no mucho mayor que un pañuelo, ocupado en sus ángulos por cuatro mesitas de mármol, tres de las cuales estaban ya tomadas. Luego una diminuta trastienda, con el mostrador y una sencilla anaquelaría.

Al ocupar, triunfantes, la mesa desocupada, escuchamos unas voces destempladas que nos intranquilizaron. Estábamos en presencia de un verdadero drama: el cervecero, desesperado, ponía los gritos en el cielo; su indignación no tenía límites... Pero, señor, ¿qué pasa?... Y el mismo cervecero, cuyo aspecto simpático y cuya desesperación nos conquistaron, nos explicó el caso. No era para menos...

—¿Qué quieren ustedes que pase?... Que son las doce del día y aún no han traído el



Iglesia de San Pedro.

hielo. Y ahí tienen ustedes... ¡La cerveza caliente!... ¡La gaseosa como caldo!... ¡El helado frito!... ¡Y yo más caliente y más frito todavía!

Comprendimos toda la desesperación del buen hombre... y le acompañamos en su

pena. ¡Cualquiera tomaba cerveza en punto de ebullición! ¡Y con un calor de 35°! Era para aterrarse...

La culpa de todo era del cafetero de enfrente. Este cafetero tenía una especie de monopolio del hielo y cedía cantidades á su amigo el cervecero. Pero, naturalmente, aquel industrial se aprovechaba de la situación y mandaba el hielo lo más tarde posible. Era casi una iniquidad.

Por fortuna, el hielo milagroso llegó á tiempo. La desesperación del cervecero amainó y todos pudimos refrescar tranquilamente.

Luego visitamos la iglesia de San Juan, situada á corta distancia de allí, dentro del recinto murado. Su fachada posterior cierra la plaza de la Constitución ó del Mercado Chico. Es un templo interesante, del siglo XII, de carácter gótico... La nave, de tres bóvedas, es espaciosa, y la capilla mayor muy linda; son curiosos los enterramientos de su cripta. La ejecutoria de honor de esta iglesia se encuentra en una partida de su libro de bautismos. Allí recibió el agua redentora del primer Sacramento la insigne Teresa de Cepeda.

Muy interesante es también la parroquia

de San Andrés, situada no lejos de la basílica de los Mártires. Es bizantina y consta de tres naves, divididas por pilares de redonda base y capiteles de follaje. Son muy bellas las ventanas del ábside.

Más nombrada es la iglesia de Santiago, donde es fama que velaban sus armas los caballeros abulenses. El primitivo templo se hundió, causando buen número de desgracias. Es detalle interesante la torre ochavada, de gótica ornamentación, y muy notable el retablo de la capilla mayor, del siglo xvi, formado por cuatro cuerpos, con columnas de distintos órdenes.

La iglesia de San Nicolás, de carácter gótico, es más humilde, y no lo son menos las de Santo Domingo, de portada bizantina, Santo Tomé y las restantes.

Cuenta Ávila también buen número de conventos, ermitas tan antiguas como la de San Segundo de Adaja, que se considera el primer templo edificado en la capital, y capillas como la de la Anunciación, llamada de Mosén Rubí, del siglo xvi, construída de magnífica piedra de sillería, en cuyos muros se muestran al visitante los extraños signos que indican que el constructor fué masón. Esta es la más notable entre los templos de

su clase. Unido á ella existe un convento de religiosos.

Cuando visitamos Ávila se estaban realizando en la capilla obras de restauración, á expensas, según nos dijeron, del conde de Parcent, y no pudimos admirarla en su interior.

Entre las ruinas interesantes que existen en los alrededores de la ciudad figuran las de San Isidoro. Aún se conserva en pie, entre los paredones de los muros, el bello arco románico de la capilla mayor.

De las construcciones civiles de la noble ciudad han desaparecido muchas de las más características. De aquellas fuertes casas, adosadas á las murallas, que construyeron y habitaron los ascendientes de los Guzmanes, Bracamontes y Polentinos, los Tamames, los Sofragas, los Torre Arias, Superundas, Abrantes y Navamorcuendes, no van quedando más que restos venerables.

Entre los edificios más característicos deben citarse el actual palacio del Obispo, que fué casa fuerte en su primitiva época; el reconstituído Torreón de los Mugicas ó palacio de Oñate, verdadera fortaleza, cuya primitiva construcción es del siglo XIII; la casa de Velada, luego de los Marqueses de Astorga,

LA CASA DEL TORREÓN

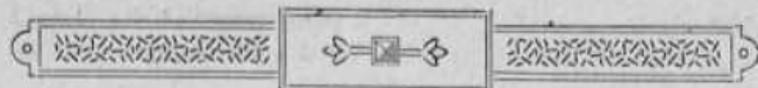


Residencia de la condesa viuda de Crecente.

en la plazuela de la Catedral, con airoso torreón; el palacio de Polentinos, donde hoy está la Academia de Administración Militar; el palacio del Duque de Abrantes, del cual sólo queda la parte baja de la fachada de piedra, con restos de los enormes balcones; los edificios de la Diputación y Gobierno civil, que aún conservan característicos detalles, y algún otro.

Merecen cita especial la elegante casa del marqués de Benavites y de San Juan de Piedras Albas, adornada con soberbios escudos de piedra, que en su interior es un magnífico museo, y el lindo torreón de la condesa viuda de Crecente. Es una torre cuadrangular, perfectamente proporcionada, que corona un elegantísimo festón de airo-sas almenas. En los ángulos se destacan cuatro bellísimos cubos. Este coronamiento es de muy artístico efecto.

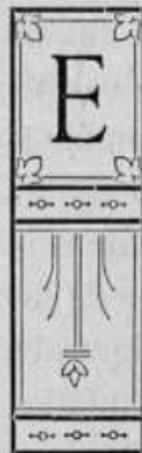
¡Lástima grande que estas bellas y características construcciones vayan desapareciendo, bajo la acción del tiempo ó por el criminal abandono de las gentes!



XIV

Avila, estación de verano.

Regio abolengo del veraneo en Avila. — Clima ideal y paz octaviana. — Un rato á meteorología. — Los que veranean en Avila. — Una excursión maravillosa. — La sierra de Gredos. — Las propagandas de «Vega-Alberche». — La obra del Club Alpino. — Un socio honorario que no conoce la sierra. — Hay que ir á Gredos.



El abolengo de Avila, como estación veraniega, es casi tan rancio como las ejecutorias de sus históricos monumentos. Es, además, de regia prosapia. Bien sabido es que la insigne Reina Isabel la Católica eligió la tranquila y apacible ciudad para pasar en ella temporadas de descanso durante el estío. En el bello palacio unido al convento de Santo Tomás pasó, con su esposo, dos veranos consecutivos. Los dos primeros asientos del soberbio coro del templo eran los que los gloriosos monar-

cás ocupaban cuando asistían á las religiosas ceremonias. Algunos años más hubieran continuado los Católicos Reyes favoreciendo con sus jornadas á la ciudad querida, de no haber ocurrido la temprana muerte del malogrado Infante D. Juan, á cuyos restos se dió sepultura en el histórico convento.

En la época moderna otra augusta señora renovó los regios timbres del veraneo abulense. La Reina Isabel II pasó una temporada, hacia el verano de 1865, en la ciudad bien amada de Isabel la Católica.

Avila continúa manteniendo sus preeminencias como estación veraniega. Entre las poblaciones del interior es siempre una de las más favorecidas por la emigración estival. Con su clima suave y sano, su ambiente puro y fresco, el aire oxigenado de las montañas que la rodean en ancho anfiteatro, su calma jamás turbada por el ruido de las mundanas fiestas, brinda á los emigrantes del verano el más sosegado y encantador retiro.

Para las gentes que en el veraneo buscan sólo la paz y el descanso, el olvido de las preocupaciones de la vida en lucha, el alejamiento del bullicio cortesano, que abruma y aturde, Avila es, sin duda, el ideal de la es-

tación veraniega. Calma más completa y sosiego más reparador es imposible encontrarlos . . . Pero no todos los veraneantes son así. Gustan otros de encontrar distracciones y recreos, compatibles con el descanso. La gente joven, sobre todo, es amiga de la zambra y del bullicio. Y es justo contentar á todos.

En este punto, el Municipio y las sociedades de Avila hacen muy poco para atraer al veraneante y al turista. Y si quieren trabajar en provecho y beneficio de su ciudad deben hacer algo más para ofrecer alicientes, aunque sean modestos. La vida tiene sus naturales exigencias, y es obligado dar algo á aquellos de quienes esperamos que nos den poco ó mucho.

Las condiciones de Avila como estación de verano son verdaderamente excepcionales. Atendiendo á las cualidades climatológicas, la provincia abulense se divide en tres zonas: la fría, al Norte; la templada, que corresponde á la sierra de Gredos y parte limítrofe de Cáceres, y la intermedia, ó fría-templada, que comprende la capital y parte llana de la provincia. Esta zona, que es la más favorable, es toda de clima seco: las lluvias son en ella menos frecuentes. Al mis-

mo tiempo, enclavada Avila en el cerro Castaño, que es el más elevado de la llamada sierra de Avila, se encuentra á una altura de más de 1.100 metros sobre el nivel del mar (algunos la elevan á 1.522 metros, mientras que sólo conceden 1.383 metros al cerro Gorria, que parece ser el más elevado). A esto debe Avila su ambiente puro y oxigenado. Delante de ella se extienden en amplio anfiteatro los 62 kilómetros de la sierra de Avila, que envía á la capital los efluvios de salud de sus pinares y de sus nieves.

La temperatura media anual fluctúa en Avila entre 10 y 12 grados. El invierno, por razón de las bajas temperaturas, se prolonga mucho, y ello influye para que la temperatura en el resto del año sea muy suave. Claro es que en la época estival el calor deja sentir también sus efectos, pero esto ocurre pocos días y nunca llega á alcanzar la temperatura extremos rigurosos. El máximo de temperatura registrado en Avila ha sido de 35°.

Por curiosidad he estudiado yo las observaciones meteorológicas correspondientes á Avila en los tres meses de mayor calor del año: Julio, Agosto y Septiembre. El resul-



Vista parcial del Circo y laguna de Gredos.

tado de la observación es una prueba documental elocuente á favor de la temperatura de esta gratisima estación veraniega.

En el mes de Julio del año examinado la temperatura máxima fluctuó entre 18 y 30 grados. De los 31 días del mes, sólo en 7 se registró la máxima de 30^o; dos días fué de 28^o, tres de 27^o, cinco de 26^o, uno de 25^o, uno de 22^o, tres de 21^o, cinco de 19^o y uno de 18^o. El período de mayor calor fué del 18 al 25, días en los cuales hubo una máxima constante de 30^o. La mínima descendió cuatro días á 4^o y llegó á elevarse hasta 19^o.

En el mes de Agosto siguiente llegó á elevarse la temperatura hasta 33^o, pero esto ocurrió solamente cuatro días de los 31 del mes; dos días hubo máxima de 32^o, dos de 31^o, dos de 30^o, dos de 29^o, tres de 28^o, ocho de 26^o, uno de 24^o, dos de 22^o, dos de 21^o, uno de 20^o y uno de 19^o. La mínima fluctuó entre 5 y 19^o, lo mismo que el mes anterior.

En el mes de Septiembre descendió considerablemente la temperatura, no llegando la máxima más que á 29^o en un solo día; uno solo hubo 28^o, uno también 27^o, cinco 24^o, dos 22^o, tres 21^o, uno 19^o, seis 18^o, tres 17^o, cuatro 15^o y uno 10^o. La mínima no bajó de 3^o y se elevó hasta los 17^o.

Estos datos demuestran la bondad de la temperatura y del clima de Avila, y la justicia de la envidiable fama que goza como estación veraniega. El favor que recibe de numerosos veraneantes está bien justificado.

La colonia veraniega en Avila está compuesta, en su mayor parte, de fieles amantes, que van por tradición. Muchas de las familias que allí pasan el verano son abulenses, que tienen en Avila su palacio ó su casa, aunque residen el resto del año en Madrid. Entre éstas figuran los marqueses de San Juan de Piedras Albas, más conocidos como marqueses de Benavites, que pasan en su palacio todos los veranos, con sus padres los marqueses de Canales de Chozas, y sus hermanos los señores de Melgar; el conde de Parcent, el ilustre exdirector general de Correos D. Emilio Ortuño, el simpático cronista D. Manuel de Foronda, el jefe del Cuerpo de Administración y culto letrado don Pascual Amat, el senador Sánchez Albornoz y otros. También veranean en Avila los duques de Valencia, los de Sessa y Maqueda, los marqueses de Peñafuente, Somió y Zornoza; los condes de las Navas y Torrecilla de Cameros, el académico Repullés y Vargas, el general Faura, el senador Bofarull,

los señores Cienfuegos, Goyanes, Sáinz de los Terreros, Marín de la Bárcena, y otros conocidos.

La alta y la media burguesía aumentan el contingente veraniego de Avila con otro buen puñado de familias. Esto representa para la simpática capital un ingreso no despreciable. Dios se lo conserve y aumente, que bien merecido es. Pero hagan también algo los Municipios y las sociedades y cuantos aman á la noble ciudad, á fin de que la emigración veraniega, lejos de disminuir, vaya en progresión creciente. Ya lo dijo el vulgo: ayúdate, y Dios te ayudará.

* * *

Los turistas que visiten Avila y puedan disponer de algunos días deben realizar una excursión interesantísima, en alto grado pintoresca, que les permitirá gozar los encantos de uno de los lugares más espléndidos, más bellos y salvajes de nuestra tierra.

El culto lector habrá comprendido inmediatamente que nos referimos á la imponente sierra de Gredos, llena de magnificencias y de encantos, donde la Naturaleza acumuló sus más bellos tesoros.

La sierra de Gredos era hasta hace poco casi un misterio. De sus mágicas bellezas apenas tenían noticias ciertas más que algunos privilegiados, cuyas descripciones escuchábamos los demás maravillados. Los meritorios trabajos de unos cuantos hombres de buena voluntad han extendido la fama de aquellos encantadores parajes, despertando la curiosidad de los amantes de la Naturaleza. Pero aún son contados los que se deciden á realizar la pintoresca excursión.

Las campañas de propaganda para la atracción de forasteros han comenzado en Avila por los trabajos que se han hecho en favor de la sierra de Gredos. Alma de esa campaña es un simpático é inteligente periodista, el culto «Vega-Alberche», redactor del *Diario de Avila*, á quien nunca se agradecerá bastante su meritoria labor. «Vega-Alberche» es un infatigable propagandista, adorador de su tierra, que se ha propuesto extender á todo el mundo el conocimiento de su sierra de Gredos, para que vayan á gozarla y admirarla cuantos comulgan en el culto de la santa madre Naturaleza.

«Vega-Alberche», espíritu emprendedor y generoso, ha creado en Hoyos del Espino la Sociedad Gredos-Tormes, que tiene por úni-

co objeto propagar las bellezas de Gredos, popularizarlas, hacerlas conocer y amar de todo el mundo, facilitando las excursiones; él ha predicado en Avila, con la palabra y con la pluma, la necesidad de emprender con entusiasmo estas campañas de propaganda y vulgarización; él ha venido también á Madrid para hacer en ingenuas y ardorosas conferencias el elogio de Gredos y solicitar protección y apoyo para la empresa. Del Rey abajo... todos escucharon las cálidas y entusiásticas alabanzas de «Vega-Alberche» y tuvieron que rendirse á ellas y ofrecieron hacer algo en favor de la empresa. Y este infatigable trabajar del simpático periodista y el himno ardoroso y elocuente que entona en loor de Gredos empiezan á producir algún positivo resultado.

Es justo consignar que en esta meritoria campaña se debe también un entusiasta esfuerzo al Club Alpino Español. Este simpático grupo de buenos y entusiastas madrileños, con Amezúa, Antonio Prast, Lozano y Zavala á la cabeza, han popularizado las excursiones al Guadarrama; han creado los interesantes, higiénicos y pintorescos deportes de la nieve, y han dotado á Madrid de un nuevo y poderoso atractivo para los extran-



El célebre pico de Almanzor en la
Sierra de Gredos.

jeros que nos visitan. La hermosa sierra del Guadarrama, dotada de tan singulares bellezas, visitada ahora cada domingo por un contingente de 400 á 600 personas, es, aunque en pequeño, un trasunto del mágico espectáculo de las montañas alpinas ó de las montañas de Suiza, con todos sus pintorescos deportes, con toda su hermosura y con la ventaja inmensa de estar á las puertas de Madrid, á dos horas de camino. La simpática obra del Club Alpino, ya casi consolidada, que en breve ha de alcanzar gran importancia, pues ya se proyecta la construcción de un hotel entre las cumbres de Navacerrada, es verdaderamente patriótica y digna de la más encarecida alabanza... Y, después de realizada esta grande y provechosa labor, el Club Alpino, generoso y altruista, se ha dedicado también á popularizar las magnificencias de la sierra de Gredos, que ofrece más soberbio escenario para las grandes ascensiones «alpinas». Yo me hago la ilusión de creer que dentro de poco tendremos todo un ejército de entusiastas alpinistas, y no faltará algún heroico Tartarín, cuyas hazañas cante otro nuevo y delicioso Daudet.

La sierra de Gredos ofrece á los excursio-

nistas los más hermosos y salvajes panoramas. Es un macizo de montañas de extraordinaria elevación, el más alto de España después del de Sierra Nevada. En sus picachos, el más alto de los cuales, el Almanzor, está á 2.661 metros, hay nieves casi perpetuas, pues sólo en el mes de Agosto pueden verse libres las elevadísimas cumbres. Desde tan grandes alturas se domina en muy dilatada extensión la espléndida llanura castellana.

A pesar de la enorme elevación y á pesar de las nieves perpetuas, en las faldas de las imponentes montañas el clima es templado y delicioso. En las orillas de los ríos que nacen en la sierra se cultivan espléndidas huertas; embellecen las laderas bosques de pinos, robles y encinas, y es tan benigno el clima y tan suave, que llegan á florecer allí el limonero y el naranjo... ¿Puede imaginarse nada más extraño ni más hermoso?

Entre las bellezas imponderables de Gredos está la gran laguna que lleva el mismo nombre. En las alturas de la montaña, á cerca de 2.000 metros, se encuentra el hermoso lago, entre los picachos casi inaccesibles del Circo de Gredos. Es un espectáculo de soberana belleza, casi indescriptible. Las

aguas de la laguna que se desbordan por los flancos forman magníficos torrentes y cataratas, y otras lagunas luego, y otros torrentes y cataratas después. Tal espectáculo es un verdadero prodigio de la Naturaleza.

La excursión á Gredos puede hacerse ahora con relativa facilidad. Desde Avila pueden ir los turistas en coche hasta Hoyos del Espino, donde se establece el cuartel general de los excursionistas, al pie de la elevada sierra. Desde allí comienza ya la pintoresca ascensión, que la Sociedad Gredos-Tormes facilita, proporcionando buenos guías y las fuertes y ágiles mulas de la región, tan prácticas en la ascensión como los cazadores de la *capra hispanica*, conservada en Gredos. El Club Alpino tiene ya establecido un refugio y la Sociedad Gredos-Tormes creará otros.

Esta obra de la popularización de Gredos, tan noble y simpática como patriótica, está en sus comienzos. Yo espero que las generosas propagandas de Gredos-Tormes y del Club Alpino, coronarán brillantemente la empresa, llevando todos los años á Gredos un buen contingente de excursionistas. Ello será obra de reparación y de justicia, porque la mágica sierra no tiene nada que envidiar

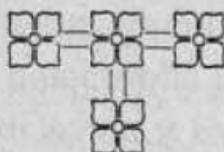
á las famosas montañas alpinas y á las no menos famosas de Suiza.

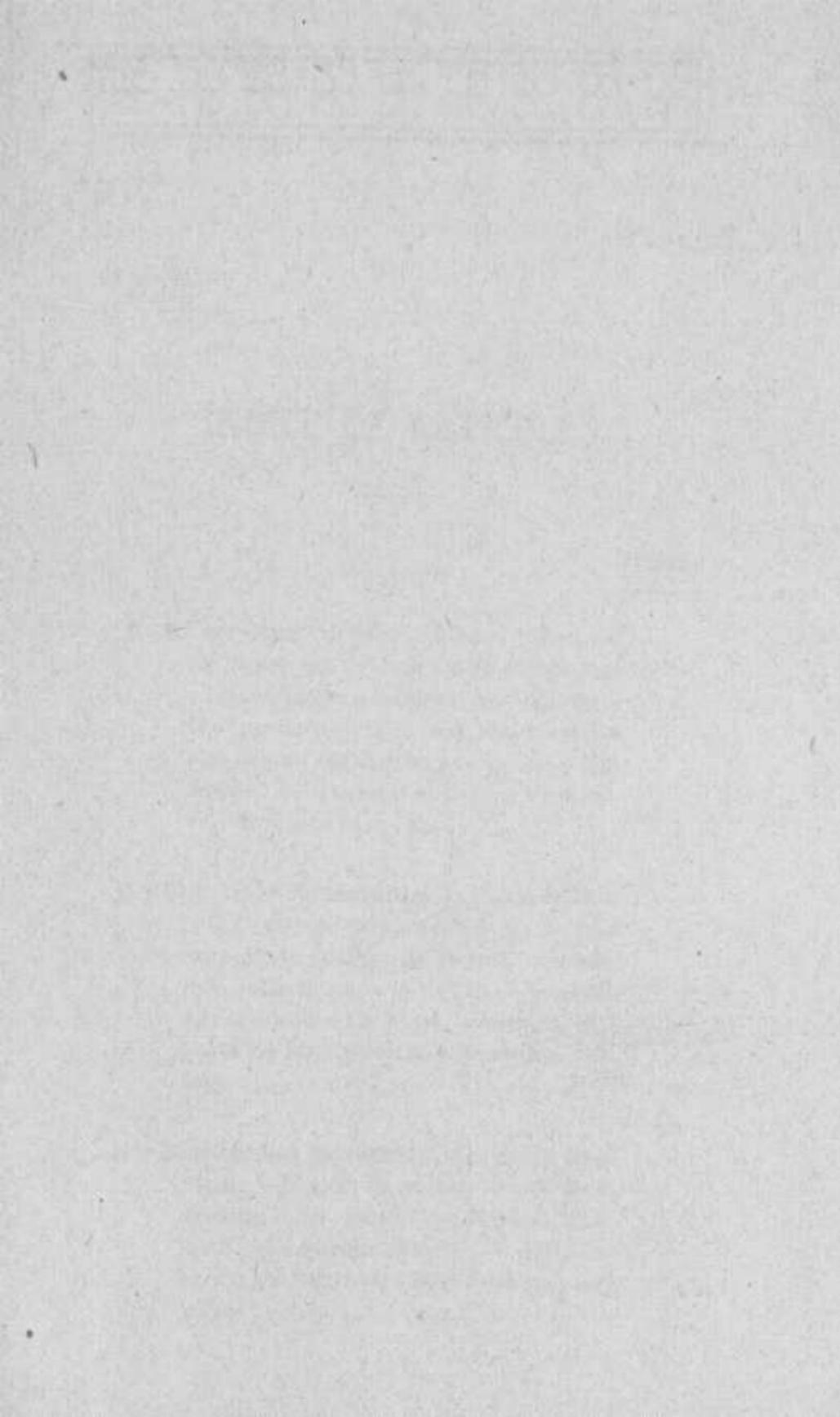
Tributo de justicia son estos ligeros párrafos que yo consagro á la sierra de Gredos, por estimar obligado el homenaje en un libro que se dedica á ensalzar bellezas de la tierra abulense. Y siento que tan modesto tributo no fuera al mismo tiempo expresión de gratitud, porque mis ojos no se han regalado aún con la contemplación de tan soberanas bellezas. Yo, que tengo la grata preeminencia de ser socio honorario de la Sociedad Gredos-Tormes, no he cumplido aún el elemental deber de visitar la mágica sierra. Mientras no lo cumpla, mientras mis ojos no se extasíen en la admiración de las magnificencias de Gredos y no reciba el agua de la iniciación en los torrentes maravillosos, no me consideraré digno de aquella merced, que más fuera debida á prerrogativas de amistad que á merecimientos de servicios positivos.

* * *

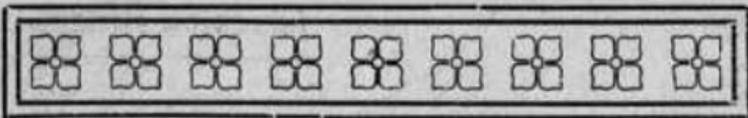
Debo declararte, lector paciente, antes de cerrar mis notas de viaje, que este modesto y sencillo trabajo es un bosquejo imperfecto é incompleto de la noble ciudad castellana.

Debo declarar también, en fe de hombre leal, que la ciencia aquí contenida no es ciencia propia, sino adquirida, y á bien poca costa, en sabios libros. Yo no puse en el trabajo más que la pobre hilaza de la urdimbre; una impresión personal, desautorizada por ser mía, y una voluntad hidalga...









ÍNDICE DE ARTÍCULOS

	<u>Págs.</u>
I. El pequeño turismo: Modesta influencia de la crónica de viajes.—El grande y el pequeño turismo.—Danza de millones.—Los pequeños viajes domingueros.—La rosa central del turismo económico.—Necesidad de fomentar el turismo de cultura.—Predicar y dar trigo.	5
II. Excursión interesante: La patria de Santa Teresa.—Viaje pintoresco y económico.—Modo práctico de efectuar la excursión.—La sierra y la llanura.—Viajando por la noche.—Un hotel favorecido.—La perla de las sirvientas.—Doncella y con hijos.	19
III. Una ciudad venerable: En plena Edad Media.—El alma de Avila.—Á saco en la Historia.—La hazaña de Ximena Blázquez.—La sombra de Carlos V.—Una comedia histórica.—Un mote honroso y merecido.	31

- IV.—**Ávila moderna:** Raza de hidalgos.—Un mercado al aire libre.—La mujer abulense.—Humillante fracaso de un fotógrafo.—Cantos y santos...—Un clásico día español.—Los alrededores de Avila.—El río Adaja, calumniado.—La estatua de Santa Teresa.—Isabel la Católica y el gran Duque de Alba. 39
- V.—**Las murallas:** En torno al recinto.—La puerta del Alcázar.—Atentados artísticos.—Admirable espectáculo de las murallas.—Entre Carramolino y yo.—La puerta de San Vicente.—La Catedral-fortaleza.—Un ábside como no hay dos.—Aperitivo enérgico y desayuno deleznable. 49
- VI.—**La Catedral:** El poema de la piedra labrada.—El templo del Salvador.—Monumento original.—Un pegote del barroquismo y un cobertizo antipático.—El trascoro y la capilla mayor.—Capillas y sepulcros.—Una obra de Berruguete, digna del Tostado.—En el claustro.—La sacristía.—Joyas, reliquias y recuerdos. 61
- VII.—**El Convento de Santo Tomás:** Un cuadro pintoresco.—Pobres de Avila y convidados de fuera.—Un lego simpático.—El reparto de la sopa boba.—En la iglesia.—Una primorosa joya de arte.—El sepulcro del Infante D. Juan.—Poema de un Príncipe que muere de amor.—El maravilloso coro.—Recuerdo de una leyenda.—Los claustros.—La Naturaleza triunfadora. 75

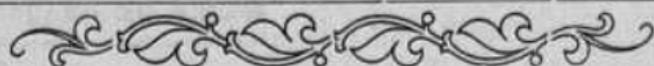
- VIII. - **La Basílica de San Vicente:** La tradición del judío converso.—Monumento admirable.—Las obras de restauración.—La portada maravillosa.—Detalles interesantes.—Los ábsides.—La Virgen de la Guía.—El sepulcro de los mártires.—Un crimen artístico.—La cripta.—La Virgen de la Soterraña.—Otro atentado al arte. 91
- IX.—**La casa de la Santa:** El culto de la Doctora.—Una inmensa deuda de gratitud.—El convento de Santa Teresa.—Reliquias y recuerdos.—El convento de la Encarnación.—Primera fundación de Teresa de Jesús.—El convento de San José. 105
- X.—**El pueblo en fiestas:** Las fiestas de Santa Teresa.—Pobres, pero honestas.—Pensando en el terruño.—Un poco de vaga é inútil literatura.—Romanticismo provinciano.—La musa de la fiesta. 117
- XI.—**El Museo Teresiano:** Reparación de olvidos y abandonos.—Una bella obra práctica.—Proyecto malogrado.—El Museo Arqueológico.—Joyas artísticas y curiosidades históricas.—Un depósito del Marqués de Benavites.—Homenaje de justicia. 123
- XII.—**La Academia:** La invasión de los aspirantes.—Los cadetes.—El amor que pasa.—El palacio de Polentinos.—La fachada y el patio.—Héroes de Administración Mi-

litar.—Ilustraciones del Cuerpo.—Importancia de la Administración.—Una ejecutoria honrosa. 131

XIII.—**Otras impresiones:** Un día bien aprovechado.—El Coliseo abulense.—La iglesia de San Pedro.—El drama de un cervecero.—El templo donde se bautizó á Santa Teresa. — Otras parroquias.—La capilla de Mosén Rubi.—Edificios civiles.—La casa del torreón. 141

XIV.—**Ávila, estación de verano:** Regio abo-
lengo del veraneo en Avila.—Clima ideal y paz octaviana.—Un rato á meteorología.—Los que veranean en Avila.—Una excursión maravillosa.—La sierra de Gredos.—Las propagandas de «Vega-Alberche».—La obra del Club Alpino.—Un socio honorario que no conoce la sierra.—Hay que ir á Gredos. 151





ÍNDICE DE GRABADOS

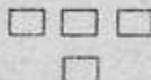
	Páginas.
MONUMENTO MILITAR.—La célebre puerta del Alcázar de Avila.	9
Una vista de la Sierra en invierno (<i>de D. Manuel de Amezúa</i>).. . . .	23
El Puente Viejo.. . . .	35
Vista parcial de la Plaza del Mercado Grande.. . . .	41
Reparto de la sopa en el convento de Santo Tomás.	46
La Puerta de San Vicente..	51
Torreones de la muralla en el costado de Oriente. .	55
Lienzos de muralla en el costado Norte..	59
LA CATEDRAL.—Portada principal y fachada.	63
Abside-fortaleza de la Catedral..	67
Bajorrelieve de la Adoración de los Reyes en el trascoro de la Catedral.	71
EL CONVENTO DE SANTO TOMÁS.—Capilla mayor de la iglesia..	77
Sepulcro del Infante D. Juan	83
Claustro de los Reyes.	87
LA BASÍLICA DE SAN VICENTE.—Portada de la fachada del Sur.	93
Pórtico en la fachada Sur de la Basílica.	97
Los ábsides de la Basílica	101
LA CASA DE LA SANTA. — Fachada del convento de Carmelitas Descalzos.	109

	Páginas.
Capilla mayor del mismo convento	113
Célebre reja de la casa de San Pedro de Avila. . . .	119
Fragmento del coro del convento de Santo Tomás..	127
Portada del palacio de Polentinos.	135
Patio del palacio de Polentinos.	139
Iglesia de San Pedro.	145
LA CASA DEL TORREÓN. — Residencia de la condesa viuda de Crecente.	149
Vista parcial del Circo y laguna de Gredos (<i>de don Manuel Amezúa</i>).	155
Célebre pico de Almanzor en la Sierra de Gredos (<i>de D. Manuel Amezúa</i>).	161
Rosetón de la cúpula central de la basílica de San Vicente (cubierta).	





SE ACABÓ DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN LA TIPO-
GRAFÍA DE JAIME RATÉS,
PLAZA DE SAN JAVIER, 6,
MADRID, EN EL MES DE
:: JUNIO DE MCMXII ::
FOTOGRAFÍAS DE CARLOS
BORONAT Y MANUEL G.
AMEZÚA :: FOTOGRAFADOS
:: DE ENRIQUE BLANCO ::



3000



PRECIO: **2** PESETAS.

G-9230

POR TIERRAS DE

ÁVILA

EX